

Madrygal. Revista de Estudios Gallegos

ISSN: 1138-9664

<http://dx.doi.org/10.5209/MADR.62596>EDICIONES
COMPLUTENSE

La experiencia de guerra en el *bando enemigo*: relatos de memoria de soldados gallegos del ejército franquista

José Galán Ortega¹

Recibido: 16 de agosto de 2018 / Aceptado: 13 de noviembre de 2018

Resumen. Este artículo examina los recuerdos o memorias de la experiencia de guerra de un grupo pequeño de intelectuales galleguistas, formado por Francisco Fernández del Riego, Ramón Piñeiro, Xaime Illa Couto, Elixio Rodríguez y Ramón de Valenzuela (los dos últimos lograron desertar y pasar a zona republicana). Todos ellos están relacionados entre sí, además, por un vínculo forjado en la misma condición de soldados arrastrados a la fuerza a luchar en la guerra civil con el ejército franquista, en cuyas filas se alistaron buscando una seguridad personal amenazada directamente por la represión fascista en sus respectivos lugares de origen. El enfoque metodológico utilizado es propio de la historia cultural y se basa en la interpretación del modo de ver, sentir y pensar la realidad expresado por estos autores en distintos textos, relegando la cuestión de la verosimilitud de los contenidos a un plano secundario o tangencial. Se trata, en definitiva, de discernir si los relatos expresan más acerca de lo que estos soldados hicieron en la guerra o si, por el contrario, se centran más en lo que la guerra les hizo a ellos. Las conclusiones de este trabajo iluminan algunos caminos de transformación personal, mapas emocionales incompletos y, fundamentalmente, la fuerza del contexto sobre todos los niveles temporales o semánticos de la escritura.

Palabras clave: Memoria; experiencia de guerra; guerra civil; ejército de Franco; soldados gallegos forzosos.

[gal] A experiencia de guerra no *bando inimigo*: relatos de memoria de soldados galegos do exército franquista

Resumo. Este artigo examina os recordos ou memorias da experiencia de guerra dun pequeno grupo de intelectuais galeguistas, formado por Francisco Fernández del Riego, Ramón Piñeiro, Xaime Illa Couto, Elixio Rodríguez e Ramón de Valenzuela (os dous últimos chegaron a desertar e pasar á zona republicana). Todos eles están relacionados entre si, ademais, por un vencello forxado na mesma condición de soldados arrastrados a loitar na guerra civil co exército franquista, en cuxas filas se alistaron na procura dunha seguridade persoal ameazada pola represión fascista nos seus lugares de orixe. O enfoque metodolóxico empregado é propio da historia cultural e baséase na interpretación do modo de ver, sentir e pensar a realidade expresado por estes autores en diferentes textos, relegando a cuestión da verosimilitude dos contidos a un plano secundario ou tanxencial. Trátase, en definitiva, de discernir se os relatos expresan máis o que os soldados fixeron na guerra ou se, pola contra, se centran máis no que a guerra lles fixo a eles. As conclusións deste traballo alumean algúns camiños de transformación persoal, mapas emocionais incompletos e, fundamentalmente, a forza do contexto sobre todos os niveis temporais ou semánticos da escritura.

Palabras chave: Memoria; experiencia de guerra; guerra civil; exército de Franco; soldados galegos forzosos.

[en] The Experience of War on the *Enemy Side*: Memory Accounts of Galician Soldiers of Francoist's Army

Abstract. This article examines the war memories of a small groups of Galician intellectuals, composed of Francisco Fernández del Riego, Ramón Piñeiro, Xaime Illa Couto, Elixio Rodríguez y Ramón de Valenzuela (the latter two succeeded in deserting and passing to the Republican zone). These men are united by their compulsory incorporation into the Francoist Army, in which they enlisted in order to save themselves from the Fascist repression in their places of birth. The methodological approach is based in cultural history, in a way of seeing, feeling, and thinking the reality expressed by these authors in different texts, relegating the question of authenticity of the contents to secondary importance. It

¹ Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid.
Correo-e: josegalanortega@gmail.com

is a question of discerning whether these accounts focus on the soldiers' experience of war, or, if, on the contrary, they focus on the effect of the war on the soldiers. This article's conclusions illuminate modes of personal transformation, incomplete emotional trajectories, and fundamentally, the importance of context in the semantic and temporal aspects of writing.

Keywords: Memory; Experience of War; Civil War; Francoist Army; Unwilling Galician Soldiers.

Sumario. 1. Modos de recordar la experiencia de guerra: algunas consideraciones. 2. ¿Memoria activa o memoria silenciosa? Los soldados que no se rebelaron. 3. Los *desertores* no desertan del pasado: la memoria circular. 4. Conclusiones. 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Galán Ortega, J. (2018): "La experiencia de guerra en el *bando enemigo*: relatos de memoria de soldados gallegos del ejército franquista", en *Madrygal. Revista de Estudios Gallegos* 21, pp. 109-132.

1. Modos de recordar la experiencia de guerra: algunas consideraciones

La guerra civil española o la *guerra de España*, como muy probablemente se la denominará en un futuro por su vinculación procesual a la segunda guerra mundial (en tanto representa una innegable fase inicial), quebró inevitablemente la conciencia social gallega y española en su conjunto, fragmentándola de forma crítica. Indudablemente, la sociedad gallega experimentó de forma directa los efectos de una violencia represiva que trató de erradicar la incertidumbre y la división interna creada –según la visión de los golpistas– por la democracia republicana y de imponer una homogeneidad en la obediencia al nuevo poder de las viejas élites. Galicia no habitó en primera persona un escenario bélico propiamente dicho –aunque la guerrilla lo invocaría en algunas de sus acciones–, al quedar encuadrada dentro del territorio dominado por los nacionales.

Sin embargo, esa división interna avanzó y no solo afectó al cuerpo social, sino que contaminó directamente la esfera íntima del individuo hasta enfrentarlo con frecuencia a un dilema moral y ético dramático. De esta manera, Galicia se poblaría durante la posguerra de veteranos de una guerra civil que hicieron en el bando franquista vencedor contra su voluntad –militaban o simpatizaban con partidos republicanos o galleguistas– para asegurarse,

paradójicamente, una derrota personal y colectiva prolongada en el tiempo. Veteranos que llevaron a cuestras una experiencia de guerra, entendida como una "construcción individual, condicionada por el trasfondo social y cultural de cada soldado, su bagaje de valores y la experiencia y socialización previas" (Núñez Seixas 2016: 16-17), que ocultaron tras el silencio o el olvido. Si alguien era lo suficientemente receptivo y tenía interés en escuchar a los miembros de la generación de sus abuelos, podía conversar con algunos de estos hombres –por ejemplo, vecinos de pueblos de la montaña lucense aferrados a relatos íntimos que liberaban bajo códigos narrativos muy específicos, hablamos de la década de los ochenta–, y obtener alguna información acerca de las vivencias personales de la época de su etapa de soldados a las órdenes de Franco. Sin embargo, los hallazgos "históricos" no eran consistentes y siempre emanaban más de una especie de confesión súbita que de la respuesta a una pregunta formulada con mayor o menor criterio. Por tanto, los fragmentos autobiográficos obtenidos narraban difusamente episodios vividos durante la guerra civil, sublimados o adaptados a una mirada retrospectiva que no quería trascender ciertos límites, y remitían más a la posguerra y a las décadas de miseria, abandono y postración afrontadas, que a la experiencia de guerra de soldados encuadrados en el bando vencedor de una guerra civil. Esta peculiar automutilación del testimonio no impedía que la emoción aflorase cuando, al hablar de un episodio de su "servicio militar prestado en Brunete", por ejemplo, bajo un *calor madrileño* terrible, uno de mis interlocutores lamentase la decisión del mando de obligar a la tropa a fusilar a prisioneros republicanos recién capturados, insinuando su involucración forzada en los pelotones de ejecución formados al efecto². Este testigo en concreto, campesino y pastor de unas pocas cabezas de ganado ovino, entre otros oficios que simultaneó durante su vida para sobrevivir a duras penas, nunca manifestó públicamente sus ideas políticas, aunque reconocía en privado, de forma un tanto difusa, haber simpatizado con los socialistas antes de la guerra.

Desafortunadamente, este artículo no se enfocará sobre esas voces de personas *comunes*, de jóvenes labradores, ganaderos o pequeños

² Testimonio de un vecino de As Nogais, agosto de 1985.

artesanos lucenses que perdieron su vida o su futuro sirviendo una causa que se sentía como ajena o directamente hostil en buena parte de los casos, una causa impuesta por los ideólogos y artífices de un golpe de estado contra un gobierno democrático y legítimo. Al margen de que estos testimonios particulares fuesen obtenidos sin la metodología adecuada y solo permanezcan en la memoria del historiador, entonces un atento observador adolescente de la “cultura popular”, hay que lamentar el hecho de que estos testimonios no pudiesen encontrar un canal o una mano más experta que preservase su valor histórico y humano³.

No obstante, aquellos estímulos resultan muy útiles para *empujar* al investigador hacia el estudio de la experiencia de guerra de los soldados gallegos que lucharon en el bando equivocado, por contrario a sus ideales, en este caso el franquista. Y las experiencias de guerra, en palabras de Philip Dywer (2015: 113), “dependen de los recuerdos, con lo que pueden ser, por definición, filtradas, moldeadas e influenciadas a través del tiempo del mismo modo en que pueden serlo las representaciones, textuales u orales, del pasado”. Por lo tanto, para poder enfocar con unas ciertas garantías las experiencias bélicas que aquí interesan, debemos explorar la memoria de un grupo de intelectuales galleguistas que, debido a su formación intelectual e ideológica, nos legaron de diversos modos el subtexto de sus vivencias personales como militares franquistas forzados. Hablamos de militantes galleguistas que buscaron la protección del uniforme fascista para poder conservar la vida ante las amenazas de los pistoleros de la Falange y de otros partidarios exaltados del nuevo régimen. Y esos modos o lenguajes también incluyen el silencio y el olvido, como podremos comprobar en su caso.

Como intelectuales, y también como hombres de acción a su modo, sus posiciones y actitudes biográficas son sugestivas en tanto en cuanto pudieron decidir si expresaban o no

sus recuerdos y elegir, en su caso, la forma y el tiempo adecuados para hacerlo, siempre en función de condicionantes políticos o personales del proceso memorístico. Una opción que no estaba al alcance, por razones obvias, de esos campesinos de la montaña lucense citados anteriormente. Se ha escogido una muestra muy relevante, dividida en dos pequeños grupos. Por una parte, los intelectuales galleguistas Ramón Piñeiro y Francisco Fernández del Riego –añadimos aquí el nombre de Xaime Illa Couto, del que debe interpretarse su silencio, tan siquiera brevemente–, en su papel de soldados forzados que permanecieron toda la guerra en el bando franquista, luchando en contra de sus camaradas e ideales. Por otra, los *desertores*, es decir, los soldados franquistas también enrolados en el ejército vencedor de la guerra civil huyendo de la represión, escritores y hombres de acción como Ramón de Valenzuela y Elixio Rodríguez, fugados a la zona republicana no sin superar un buen número de obstáculos y vacilaciones. Estos nombres permiten realizar una reflexión sobre los portadores del estigma de una participación bélica impuesta *contra natura*, por medio de la coacción e incluso bajo la amenaza de una muerte segura. Esta imposición implicó un enfrentamiento traumático, casi morboso, tanto contra los propios valores éticos y políticos, encarnados ahora por sus adversarios, como contra un enemigo-amigo-correligionario, encuadrado en el ejército republicano. Es cierto que la muestra de autores memorialistas escogida puede resultar arquetípica, pero se acepta el riesgo a cambio de profundizar más en la identidad del sujeto que recuerda. Como señalan Anna Green (2004), Jay Winter y Emmanuel Sivan (1999), quienes usan el concepto *collective remembrance* para depurar el de memoria colectiva y tratar la experiencia de guerra, o Alessandro Portelli (1999), enfocado en explorar conexiones y fracturas entre memorias privadas y públicas a través de la historia oral, sería interesante delimitar el espacio y la función de la memoria individual en su

³ Afortunadamente, otras voces, otros testimonios si han podido ser recogidos y tratados por los historiadores, véanse las veintidós entrevistas realizadas en el programa piloto desarrollado por el Proyecto de investigación interuniversitario *Nomes e Voces* o la publicación de los diarios de Faustino Vázquez Carril, con edición y estudio crítico a cargo del profesor Grandío Seoane (2011). Por su parte, Francisco Leira Castiñeira (2013) incorpora una buena perspectiva para contextualizar la experiencia de los soldados de Franco y las diferentes dinámicas de su relación con el ejército y el naciente régimen franquista.

dialéctica o entronque con la memoria colectiva. Esta estrategia potenciaría un análisis que contemplaría elementos de disenso y conflicto, posibles interacciones y, por supuesto, zonas de sombra. Desde el punto de vista compartido por estos y otros autores, se podrían reinterpretar las premisas fijadas por Halbwachs (1968) en torno a la agencia individual dentro de los marcos sociales de la memoria.

Por lo tanto, se requiere en este caso un enfoque específico sobre un núcleo bien identificado de exmilitares gallegos del bando vencedor, caracterizados por su disidencia ideológica respecto del discurso franquista, con el fin de determinar con exactitud quién es el sujeto que recuerda. Un primer paso en un proceso para dilucidar la definición o uso de categorías incómodas, como la de memoria colectiva, no debería obstaculizar o complicar en exceso la búsqueda de símbolos, imágenes o emociones en la configuración compartida del recuerdo.

Hasta tiempos recientes los especialistas no se han adentrado en las experiencias personales y colectivas de los soldados del bando franquista, entre cuyas filas se enroló un contingente importante de reclutas gallegos, integrado también por jóvenes apolíticos, neutrales o sencillamente opuestos al embrión de estado que luchaba contra la República⁴. Estas conscripciones, como corresponde al contexto de un golpe criminal que triunfó en Galicia gracias a la acción contundente y coordinada del Ejército y de la Guardia Civil, se subordinaron menos al compromiso ideológico que a las lealtades *geográficas* de diversos grados, un eufemismo que traduce la imposición azarosa y coactiva de una causa y de un enemigo a batir. Las teorías simplificadoras sobre la sumisión de la sociedad gallega al discurso y los dictados políticos de la cúpula militar y política franquista, y de los soldados gallegos en particular, ha sido puesto en tela de juicio por la historiografía actual. tesis como las de Luis Moure Mariño (1939) sobre la importancia

del componente racial gallego (celta) en la victoria franquista resultan sencillamente estrambóticas.

Si desde la perspectiva de la historia cultural se plantea una hipótesis orientada a la percepción de las responsabilidades personales y colectivas como ejes del recuerdo, surge la oportunidad de examinar el impacto de un conflicto bélico como la guerra civil en la vida de soldados jóvenes obligados a luchar en el bando nacional a pesar de sus firmes convicciones galleguistas.

Elixio Rodríguez y Ramón de Valenzuela (los desertores) expresaron una voluntad de legar un relato memorístico impregnado de su experiencia durante la guerra civil, a la que dedica Rodríguez una parte sustancial de su libro de memorias *Matádeo mañá*, publicado por primera vez en 1994, y Valenzuela su novela autobiográfica *Non agardei por ninguén*, catalogada como una verdadera “novela de guerra”⁵. Por su parte, Ramón Piñeiro y Fernández del Riego dedicaron varios capítulos de *Da miña acordanza* (2002) y *O río do tempo* (1990), respectivamente, a sintetizar en forma de auto-confesión (Piñeiro) o de diario abreviado (Del Riego) sus vivencias durante el golpe de estado y la guerra civil. Los testimonios de ambos figuran también en la obra pionera publicada por Carlos Fernández Santander sobre la guerra civil en Galicia, *Alzamiento y guerra civil en Galicia...*, publicada por primera vez en 1982. Del último vértice de este triángulo de galleguistas y antifranquistas fundadores de la editorial Galaxia, obligados a servir durante toda la guerra en el ejército de Franco, no queda rastro alguno, pues Xaime Illa no publicó nada al respecto. No quiso publicar sus memorias si es que, en realidad, las llegó a escribir. Apenas contamos con unas notas tomadas de una entrevista que se le realizó en 1997. No obstante, combinadas con sus silencios, resultan útiles para sacar algunas conclusiones o eso pensamos al menos.

⁴ Por ejemplo, James Mathews intenta abarcar, en *Soldados a la fuerza* (2013) y *Voces de la trinchera* (2015), la experiencia, percepción y transmisión de la experiencia de guerra de los combatientes de ambos bandos. Por su parte, Francisco Leira Castiñeira (*La consolidación social del franquismo*, 2015), Ángel Alcalde (*Los excombatientes franquistas (1936-1965)*, 2014) y David Alegre (*La batalla de Teruel*, 2018) se acercan, desde diferentes ángulos y objetivos, a la historia sociocultural de los soldados y, más tarde, excombatientes de la guerra civil.

⁵ *Non agardei por ninguén* fue editada por primera vez en Buenos Aires en 1957, pero en este trabajo se ha consultado la edición de Xerais 1989. *Era tempo de apandar* y *Matádeo mañá* se citarán por la edición de A Nosa Terra 1997 y la de Xerais 2007, respectivamente; y para *O río do tempo* se remitirá a la edición original cuya fecha se ha reseñado más arriba.

En este punto, el profesor Alonso Montero se pregunta, en un libro imprescindible dedicado al posicionamiento y la trayectoria de los escritores gallegos ante la guerra civil, por la forma en que estos tres militantes galleguistas –en especial Piñeiro– afrontaron los problemas de conciencia derivados de la lucha contra cor-religionarios y amigos como Carballo Calero, Delgado Gurriarán, Rafael Dieste o el propio Castelao (Alonso Montero 2006: 349-358).

Nunca se sabrá, subraya Alonso Montero, si alguna vez pensaron o estuvieron a punto de pasarse al bando republicano (aunque Piñeiro si narra, de forma tangencial, un episodio donde rechazó sumarse a un intento de desertión debido a la temeridad del plan), como si hicieron en efecto otros de sus camaradas como Ramón de Valenzuela o Elixio Rodríguez, entre otros. Estos últimos autores sí narran con detenimiento el episodio (o más bien el proceso) de su desertión de las filas franquistas. En principio, parecería como si recordasen su huida como un reto autoimpuesto en función de la necesidad de proteger la propia vida –cuyo primer paso sería su alistamiento en sí– y no en clave de acto de fe ideológico largamente meditado. Pero las cosas no son así, o no son así del todo. Hablaremos de episodios realmente novelescos narrados de forma eficiente tanto en un libro de memorias (Elixio Rodríguez) como en la novela autobiográfica de Valenzuela, donde este autor relata en primera persona su experiencia en la guerra civil (*Non agardei por ninguén*) utilizando para ello un *alter ego* (Gonzalo de Ozores). La escritura de una novela autobiográfica le ofrece a autores como Ramón de Valenzuela la posibilidad franca de “explorar, con máis liberdade e efectividade que a autobiografía, catro fenómenos: a licencia poética, o distanciamento do trauma vivido, o narcisismo autoral e a metaforización dos personaxes e dos lugares” (Thompson 2009: 92).

Para finalizar este apartado introductorio, conviene precisar, como una clave metodológica esencial, que los fragmentos de los relatos de las experiencias de guerra contemplados no van a ser examinados en relación a su capacidad para reflejar la realidad histórica vivida por sus autores, puesto que en realidad no se pretende analizar si su contenido resulta más o menos verosímil desde una perspectiva historiográfica. El objeto principal de este trabajo es aproximarse a la forma en que un grupo de intelectuales de similar formación, sensibilidad y compromiso político –un grupo de seres

humanos forzados a combatir en el bando contrario a sus principios ideológicos y morales– observan, sienten y piensan, individual y colectivamente, la experiencia de una guerra fratricida en la que siempre se encontraron a contracorriente.

2. ¿Memoria activa o memoria silenciosa?: los soldados que no se rebelaron

Volviendo a las dudas planteadas por Xesús Alonso Montero en la obra citada, puede ser conveniente plantearse, en esta reflexión, cómo funciona el silencio cuando se convierte en una de las respuestas posibles a determinados acontecimientos traumáticos o que requieren la asimilación pública o privada de realidades complejas o contradictorias.

Josefina Cuesta (2008: 77-81) se refiere al *silencio* como uno de los trabajos fundamentales de la memoria, presente junto al olvido en cualquier análisis sobre la gestión del recuerdo o, al menos, en alguna de las fases del proceso estudiado. El silencio sobre un determinado tema no implicaría el olvido, sino más bien formaría parte de una estrategia más compleja y ciertamente pragmática:

Hay silencios que pueden significar ocultación –olvido voluntario–; o señalan el límite entre lo que el comunicador considera decible o indecible; o en algunos casos, expresa la incapacidad de comunicar. La ocultación reproduce una voluntad de esconder, de eliminar de la comunicación un objeto que no ha sido olvidado. (Cuesta 1993: 54-55)

Con el triunfo del golpe de estado en Galicia comienza un violento proceso represivo que afecta especialmente a los dirigentes y militantes del ala izquierdista del Partido Galleguista. El PG empezaba a definirse, a la altura del comienzo de la guerra civil, como una organización política interclasista, cada vez más respaldada por trabajadores asalariados (empleados), campesinos, pequeños propietarios, marineros y pescadores, que se sumaban así a funcionarios, profesores, intelectuales, profesionales liberales y otros sectores pequeñoburgueses para engrosar la base social del proyecto nacional y autonomista gallego. Un número significativo de los dirigentes del ala más republicana y social-reformista de este partido fueron asesinados por su identificación con el régimen republicano. Este vínculo simbólico y político fue reforzado por los galleguistas encuadrados en el bando gubernamental,

fundamentalmente por Castelao, quien durante la guerra mostró su compromiso inquebrantable en términos políticos, económicos y estratégicos, incorporando también buena parte del discurso patriótico republicano que definía el conflicto como una “guerra de independencia nacional” (Núñez Seixas 2006: 353-356). Algunos de los elementos más destacados de la mencionada facción izquierdista del PG fueron *paseados* directamente (Ánxel Casal, Lustres Rivas, Camilo Díaz Baliño), otros serían ejecutados tras simulacros de juicios celebrados sin garantía procesal alguna (Victor Casas, Xoán Carballeira y Alexandre Bóveda). Por su parte, los militantes galleguistas vinculados a los sectores ideológicamente más conservadores o *apolíticos* sufrieron, igualmente, distintos grados de represión económica y laboral decretada por las autoridades del nuevo régimen fascista. A pesar de que en el seno del PG cohabitaban distintas sensibilidades políticas, entre ellas una sólida corriente conservadora (Risco, Otero Pedrayo), el duro castigo al nacionalismo gallego saldaría la cuenta pendiente del Estatuto y la afrenta al nacionalismo español que este proyecto de autonomía para Galicia representaba, sin duda, a ojos de los sectores sociales y políticos comprometidos con el golpe de estado de julio de 1936. Para los galleguistas que no tuvieron la fortuna de hallarse en Madrid con motivo de la tramitación del Estatuto –y que, en consecuencia, lucharían en las filas del Ejército republicano o apoyarían de forma directa la causa gubernamental, caso de Castelao, Suárez Picallo, Rafael Dieste y Carballo Calero–, o no pudieron huir hacia el exilio (Alonso Ríos), ni buscar un lugar seguro donde esconderse (Celso Emilio Ferreiro), la opción de ingresar en el ejército franquista supuso el menor de los males. Constituía una particular y necesaria vía de escape utilizada en especial por los más jóvenes, miembros de la *Federación de Mocedades Galeguistas* (Beramendi 1995: 174).

Francisco Fernández del Riego dejó un libro de memorias, aunque el texto resulte bastante esquemático y un tanto apresurado o esquivo en buena parte de su escritura, fundamentalmente en los capítulos dedicados al estallido de la sublevación y, sobre todo, a su participación en las operaciones militares desarrolladas durante la guerra civil.

A diferencia de Xaime Illa Couto, quien optó por silenciar completamente su experiencia bélica, el escritor y editor lucense nos ofrece, al menos, mayores posibilidades de interpretar

el sentido de algunos pasajes y también de determinadas ausencias significativas a través de la simple mención de las emociones sentidas o evocadas a la hora de escribir el texto, un matiz envuelto en un dilema temporal nada desdeñable y difícil de desvelar de forma completa en este trabajo.

Por ejemplo, Fernández del Riego aborda en las primeras páginas de *O río do tempo* las claves esenciales del ejercicio memorístico propuesto, las líneas precisas que guían el foco del recuerdo desde una realidad presente en que el sujeto ya no es la misma persona que habitaba su pasado y este hecho, una obviedad a veces difícil de percibir y reconocer, impide la recuperación plena del tiempo perdido:

Pasados xa os setenta e sete anos de idade, paréceme agora ocasión axeitada para facer un relato dos acontecementos da época galega que me tocou vivir. Evocar, resucitar os momentos pretéritos, non é só unha maneira de recuperar o tempo e o espacio. Non valerían nada o tempo e o espacio se non tiveran un contido. Este contido fôrmao o ambiente, sobre todo o ambiente espiritual. Tento así a recuperación do tempo vivido e do tempo anelado, a través das páxinas que fun componendo. Nos días nos que as ando a escribir, podo sinalar que me atopo no mesmo sitio que ocupei desde hai décadas. Por iso, propúxenme alentar o mesmo clima, e ollar coa mesma luz. Sen embargo, estimo case imposible acadar a auténtica recuperación. Sinxelamente, porque esa recuperación téñoa que efectuar, máis ou menos, coa sensibilidade actual. E tal sensibilidade non se corresponde, xa que logo, coa antiga. (1990: 5)

Esta dialéctica atisbada por Fernández del Riego como una dificultad para profundizar en el recuerdo, más allá del análisis sobre las inconsistencias o lagunas narrativas o factuales existentes en un relato autobiográfico concebido desde esta arriesgada dualidad, también puede alumbrar algunas razones que contribuyan a explicar cómo se articula un relato sobre la experiencia de guerra. Un relato en el que se reconoce, implícitamente, que los recuerdos de la participación en una guerra civil eluden en lo posible los campos de batalla y alumbran una “memoria en acción” porque en la posguerra, precisamente, sirvieron como modo de luchar contra la imposición de la tiranía y el olvido:

Coa traxedia da guerra e do exilio, e a patria e a ilusión malogradas, os que sobrevivimos aquí e fóra, tentamos sintonizar outravolta coas ideas que parecían esvaídas e cos problemas humanos daquelas horas magoantes. En troque de transixir

coa imposición desinzante e ahistórica voltamos ás fontes da vida e do ser galegos. Había una actitude común á maioría dos intelectuais que sofrimos a anguria da guerra e da posguerra: a protesta, silandeira ou ostensible. Ese se non conformar, esa expresión de discrepancia, tiña que chegar a manifestacións de rebeldía. Protestouse segundo diferentes métodos, baseados na saudade do pasado e na esperanza do porvir. (*Ibid.* 7)

Una lectura complementaria de este fragmento detecta un uso nada azaroso de ciertas palabras y conceptos que definen o connotan los principios ideológicos y valores morales del autor y, en segundo término, pueden dar pistas sobre la ubicación de la idea y el recuerdo de una guerra en el espacio íntimo de las vivencias personales. La alusión a los *problemas humanos* de aquella época, a la actitud colectiva adoptada por los intelectuales que *sufrieron* la angustia de la guerra y la posguerra, traducida también en la reacción contra la imposición de un régimen político injusto a través de la protesta *silenciosa* u *ostensible*, dibujan las líneas maestras de una trayectoria biográfica vinculada a la estrategia consciente del silencio sobre una experiencia de guerra incómoda, tal vez interpretada incluso como una traición de los propios ideales y afectos humanos. Una estrategia que filtra información a cuentagotas para no enredar demasiado el hilo fino que une pasado y porvenir. El autor subraya oportunamente, de este modo, su resistencia a alistarse en las filas del ejército franquista, pero lo hace después de relatarnos una escena muy significativa en la que, como miembro del comité local del Frente Popular de Santiago de Compostela, puesto para el que fue designado en representación del Partido Galleguista, se opuso con firmeza a un plan trazado para ocupar el cuartel de artillería de la calle del Hórreo. Finalmente, la aprobación del proyecto, una temeridad estéril y absurda —según su relato—, le hizo abandonar el Comité para no tener así que responsabilizarse de esa acción, postura que a la postre le salvaría la vida, pues la práctica totalidad de los integrantes de este comité fueron ejecutados por los sublevados.

Horas después, escondido en el piso de un matrimonio amigo, empieza a tomar conciencia de la magnitud real de la tragedia que estaba tan sólo comenzando. Durante este breve tiempo de aislamiento se dedica a la lectura de periódicos y libros (*La montaña mágica*, de Tomas Mann, inicia la lista). Sus anfitriones, en un momento determinado, le aconsejan

que acuda al cuartel a alistarse, para buscar protección bajo el uniforme militar franquista, pues estaban llamando a los jóvenes de su reemplazo, opción que descarta hasta que las circunstancias le obligan a aceptar lo inevitable: “Porén, cando, con posterioridade, movilizaron tamén aos excedentes de cupo —entre os que eu me contaba— decidín cambiar de opinión” (*Ibid.* 117). Aunque el argumento ofrecido para justificar su rectificación, o mejor su aceptación del papel que le había tocado jugar dadas las circunstancias, resulte un tanto débil, hay un elemento que compensa y explica su decisión o cambio de postura. La repetición, durante las dieciséis páginas dedicadas por el autor a la narración del momento del golpe de estado en Galicia, de la palabra *terror* (expresa también otras emociones o sentimientos asociados como *angustia*, dolor, pena, tristeza, aislamiento, impotencia) para describir el estado emocional personal y colectivo, habla de la huella presente, traumática, de una realidad que se quiere superar avanzando lo más sintéticamente posible en el propio relato biográfico. Nos habla también, en definitiva, de un ángulo o dimensión del tiempo que no se ha tenido que recuperar porque, en realidad, ha permanecido muy vivo/a, sometido a las inciertas leyes del recuerdo, durante décadas y hasta el momento de la escritura.

Pero la visita a la oficina de reclutamiento, el uniforme o el porte marcial no lo solucionarían todo. Ahora vendría lo peor, su pertenencia a la FUE y su militancia galleguista no se *redimirían* o compensarían totalmente con el ingreso en el ejército golpista:

Por entón, o Decano da Facultade de Dereito, Luis Legaz, remeseu ao meu domicilio un oficio do Rector da Universidade. Comunicábame nel o cese como profesor universitario, e a inhabilitación para exercer a docencia en centros de ensino, así como a prohibición de participar en actividades culturais. Case simultáneamente o Tribunal de Responsabilidades Políticas ditou sentenza inculpándome como enemigo do novo Réxime. Sancionábame, ademáis, co impedimento de exercer toda clase de cargos públicos, e impúñame o pago de tres mil pesetas que tivo que abonar, naturalmente, o meu pai. (*Ibid.* 118)

Lo más interesante viene a continuación del párrafo anterior, cuando Fernández del Riego advierte que los soldados forzosos que ingresaban en el ejército franquista, como era su caso, no dejaban de estar o sentirse amenazados ni a pesar de hacer ostentación de sus uniformes u

otros distintivos de su estatus militar, algo en lo que coincidirán la mayoría de sus compañeros en la travesía por esta identidad impuesta. Una constatación que sirve también para reforzar, en última instancia, la argumentación ofrecida para justificar una contradictoria etapa como soldado franquista:

Nalgunha ocasión en que, libre de servizo no cuartel, me atrevín a transitar por algunhas rúas, fun obxecto de insultos e ameazas por parte de falanxistas uniformados. Un día leváronnos aos soldados a nos sumar a unha concentración na Praza do Obradoiro. Os manifestantes responderon á arenga pronunciada desde a baranda do Pazo de Raxoi, erguendo a man e entonando o himno de Falanxe. Eu, pensando en que pasaría desapercibido, non alcei a man e permanecín en silencio. Pero alguén que se atopaba tras min, estaba a me vixiar. De súpeto, sentín na cara o impacto dunha forte labazada que me deixou adormecida una orella. Nunca soupen de onde viñera a lusquiñada. A partir de entón esquivei toda relación con xentes alleas ás familiares e aos non coñecidos que compartían a vida no cuartel. (*Id.*)

Una etapa que comenzaba desde la percepción del dolor y la impotencia, de un presente cotidiano que a la luz de la memoria —y conocidas las secuencias históricas posteriores, en especial la de la dictadura franquista— se contempla en toda su perspectiva y acción devastadora, lo que no significa la negación de los efectos dramáticos percibidos en tiempo real:

Non podía afastar da miña mente as mortes alevosas de Ánxel Casal e Camilo Díaz Baliño, as execucións de Bóveda, Victor Casas e os membros do Comité compostelano, os sufrimentos na cadea e as persecucións de tantos galeguistas amigos. Vivía nunha atmósfera de afogo e de impotencia. Decatábame de que a loita que se encetaba ía para longo. Xa non se asomellaba ao que estábamos a aturar, cos típicos pronunciamentos militares que tanto proliferaran en épocas precedentes. O terror espárese por aldeas, vilas e cidades. No medio da barafunda empavprecida, eu non presentía o futuro que me agardaba. Nen siquera imaxinaba o destino que, como soldado, me ían reservar. (*Ibid.* 119)

La narración del tiempo que Fernández del Riego pasa en campaña se convierte en un telegrama donde se suceden los nombres de las ciudades (Sevilla, Salamanca) y los frentes (Teruel, Ebro, Levante, Extremadura) donde presta servicio adscrito a una batería antiaérea. Destacan, eso sí, algunos datos sobre los combates mantenidos y los escenarios bélicos,

físicos y humanos: los bombardeos de la FA-RE, dietas de chuscos de pan y latas de sardinas, el barro omnipresente junto al tableteo de ametralladoras y morteros, algún bombardeo republicano, el olor de cadáveres putrefactos, una estufa de desinfección para los piojos. Avanzando un poco más en la dirección prohibida, se habla del bando accidentalmente contrario como si fuese del propio: “parecíame que a guerra remataría por nos vencer, e que a República e a autonomía de Galicia estaban a piques de se perder” (*Ibid.* 125).

La expresión emocional, en la dialéctica temporal reconocida por el autor, está siempre ligada al presente que la determina o moldea bajo patrones inciertos, por más que se hable del pasado y se procure una compleja armonía a partir de los trabajos imprescindibles de la memoria. Desde la nostalgia combatida por medio de cartas escritas a varios amigos galleguistas (Marino Dónega, Otero Pedrayo, Paz Andrade, Iglesias Alvariño...) en la propia trinchera (que o no llegan o se responden con silencio por parte de los destinatarios) a las sensaciones de angustia y aislamiento o a la soledad y el dolor experimentados durante el combate al evocar el recuerdo y los pensamientos sobre los amigos golpeados por la tragedia. Aunque nada se dice de forma explícita, ni se especifica nada acerca de los camaradas del bando republicano (sus enemigos accidentales), aquí parece aflorar un sentimiento de culpa larvado en el tiempo por el hecho de haber combatido, aunque de forma evidentemente forzada, contra los propios principios y, lo que es peor, contra correligionarios y amigos. Un tipo de remordimiento o una forma de culpa que se refleja en una escena en especial impactante, cuando a punto de acabar la guerra se expresa también la tristeza por la muerte de Antonio Machado y se describe un lapso de amnesia coincidente con el comienzo del golpe de Casado. El escritor lucense pasea como “vencedor” por la Casa de Campo (“escenario en desfeita”) y percibe la verdadera dimensión del “desastre” en la devastación que lo rodea. Esa era la guerra, o eso lo hicimos *nosotros*, parece insinuar, un *nosotros* presente que le incluye muy a pesar suyo. Con su descripción, Del Riego parece reconocer una culpabilidad inconsciente cuando fluyen sus palabras: “púxenme a facer reconto dos avatares do drama, co ánimo cheo de acoro. Lembraba doorosamente aos amigos mortos e aos magoados por o abouramento” (*Ibid.* 126). Una confesión a medias de una responsabilidad individual y

colectiva compensada con la rememoración de la sensación de permanente vulnerabilidad bajo la vigilancia de los propios mandos, la relación mantenida con otros soldados franquistas forzosos o las humillaciones sufridas a manos de sus superiores en el Madrid avasallado por la victoria fascista.

En este sentido, si el silencio parcial de Fernández Del Riego a la hora de tratar su experiencia de guerra –se atiene a un esquema emocional con notables saltos cronológicos, sin elaborar un relato posible y estremecedor, pues el autor tiene prisa por rematar un apartado incómodo– se explica por el conflicto personal afrontado por luchar en el bando erróneo, la claridad expositiva de Paul Fusell ayuda a comprender la resistencia de testigos y protagonistas de hechos bélicos a narrar escenas, emociones y pensamientos. En palabras de Walt Withmann, citadas muy oportunamente por el autor norteamericano, “la guerra real nunca llegará a los libros”. Esto significa que las sociedades occidentales, vencedoras o derrotadas en los distintos conflictos bélicos que asolaron el siglo XX, se muestran incapaces de superar mitos o visiones románticas, cinematográficas, sobre la guerra, el combate y los combatientes:

Los que pelearon saben eso, como saben que es más probable que el hombre que se tiene al lado reciba un balazo en el ojo, en la oreja, en los testículos o en el cerebro como –a la manera del cine– en el hombro. Es más probable que un proyectil le vuele la cara por completo como que se le aloje un fragmento en algún órgano no vital. Los que pelearon vieron los cuerpos de miles de hombres, mujeres y niños japoneses auto-masacrados en la en la desbandada de Saipan: locura en estado puro, pero en esencia no muy distinta de lo que describe Eisenhower en *Crusade in Europe* (...) sobre la carnicería del foco de Falaise: “Literalmente, se podía caminar cientos de metros seguidos sin pisar nada más que carne muerta y en descomposición”; antes, soldados alemanes que podrían haber sobrevivido rindiéndose pero que, irracionalmente, prefirieron no hacerlo”. ¿Cómo es posible que estos datos sólo sean lugares comunes para el pequeño número de hombres que tuvieron experiencia directa de ellos? Una explicación es el habitual talento humano para buscar el lado bueno, para no recibir información que pueda causar angustia o provocar un serio replanteamiento de los supuestos éticos, políticos y psicológicos normales. Pero la razón más importante es que el público mayoritario de aquel momento nunca supo estas cosas. (Fusell 2003: 353)

Aunque estas últimas reflexiones de Paul Fusell parten de actitudes sociales coetáneas a los hechos, parece evidente que esas constantes colectivas han permanecido activas durante décadas. El argumento del terror implícito en el combate refuerza la justificación del esquematismo en la narración de Fernández del Riego o del silencio de Xaime Illa en relación al recuerdo de la experiencia de guerra examinada. Estas estrategias narrativas o vitales serían coherentes con una realidad en que, junto al impacto humano del trance de matar o morir de forma violenta (o de ser testigo directo de cada matanza), se yuxtapone un estigma de doble culpabilidad por estar combatiendo contra los propios ideales y sus defensores. Parece especialmente complicado escribir o recordar (hacer presente, en definitiva) un tipo de sentimiento de culpa o una emoción relacionada con una particular *traición* a lo propio o a los propios, y aún más si estamos hablando del contexto social y político generado por la difícil asimilación de una guerra civil.

Ramón Piñeiro, por su parte, se limita a esbozar, en el testimonio enviado a Carlos Fernández Santander para su libro *El alzamiento en Galicia 1936-1939* algunas notas personales, como miembro del comité del Frente Popular organizado en Lugo para defender la República, acerca del golpe de estado que, en esta provincia –en sus propias palabras– no fue tan cruento para los integrantes del Partido Galleguista como en el resto de Galicia. La explicación a este hecho estribaría –según el mismo relato– en la desvinculación del PG de la coalición del Frente Popular presentada a las elecciones de febrero de 1936 por la circunscripción lucense, así como en determinadas influencias personales que suavizaron un tanto la represión sobre los integrantes de esta formación. Influencias como, por ejemplo, las devenidas de las conexiones familiares del comandante Bermúdez de Castro (su hijo era militante galleguista) o de la estrecha amistad del presidente del PG en Lugo, Xosé Ramón Fernández Oxea (*Ben-Cho-Sei*), y el nuevo gobernador civil de la provincia nombrado por los golpistas, el coronel Velayos. En cualquier caso, lo que salvó a Piñeiro de mayores complicaciones –y tal vez de ser víctima de un *paseo*– fueron tanto su relación con Antonio Rosón como sus amistades en la Falange local, enfatizadas de un modo un tanto inocente, una verdadera barrera legal y política contra todas las denuncias presentadas contra él. Amenazas reales que lo habían obligado a actuar con

mucho sigilo y, finalmente, a buscar refugio en varias aldeas cercanas a la capital de la provincia, incluida Lán cara, su lugar de nacimiento. Por otra parte, también pudieron *protegerle* inicialmente su escaso entusiasmo respecto de la evolución de la República del Frente Popular –postura adoptada por una parte significativa del PG– y la manifestación pública de sus dudas ante la aprobación popular de un estatuto gallego que veía prematuro, pues desconfiaba de la inmadurez del movimiento galleguista para consolidar la autonomía de Galicia.

A medida que avanzaba el mes de agosto de 1936, la situación se iba volviendo muy peligrosa y sus influyentes protectores le sugirieron la salida más conveniente para sus intereses:

Tanto Félix como otros amigos me aconsejaron que aprovechase la llamada de mi quinta para incorporarme rápidamente al Ejército. Consideraban que, aun pareciendo paradójico, como más seguro podía estar era con el uniforme de soldado. Así lo hice y pasé treinta meses en el frente. (Fernández Santander 2000: 709)

Treinta meses de experiencia de guerra, un periodo esencial para entender la trayectoria de Ramón Piñeiro en la posguerra, un tiempo en que tanto laboró por la reconstrucción del proyecto político y cultural del PG, hasta el punto de poner en riesgo su vida en varias ocasiones y acabar en las cárceles franquistas. La experiencia vivida por Piñeiro durante las primeras semanas de la guerra no fue muy distinta de la de Fernández del Riego y tampoco las razones esgrimidas para justificar su ingreso en el ejército franquista trascendieron la búsqueda de un lugar “seguro” donde protegerse de la constante amenaza de los pistoleros y sicarios fascistas. Algunos elementos fascistas se habían infiltrado en las propias filas del PG, como le hizo ver un amigo y compañero al identificarse como agente de un servicio de información franquista y espetarle, después de citarlo de forma urgente, que su obligación “sería ahora denunciarte o calche costaría a vida”. Piñeiro calificaría de dramática esta escena y confesaría que:

Aquelo produciume unha sensación tremenda de desolación, que foi o estado de ánimo con que me incorporei a fronte. Sen embargo, a pesar dos malos agoiros, eu creo que na guerra me acompañou a boa fortuna. É certo que tiven a sorte de contar coa protección de Antonio Rosón e tamén porque sempre tiven o convencemento de que gocei da axuda dunha especie de anxo da garda que sempre se ocupou de min. (Piñeiro 2002: 57)

Como sucede en el libro de Fernández del Riego, en *Da miña acordanza* tampoco faltan algunos pasajes, breves y bastante simplificadores en todo caso, dedicados a algunas dimensiones del combate, en especial a la de sus consecuencias y efectos azarosos. En ellos, destaca el recurso narrativo a la buena suerte o, en un sentido religioso o espiritual, de un “anxo da garda” personal, como metáfora para explicar la propia supervivencia –y no el tiempo pasado en el frente, el tipo de unidad y destino asignados o la propia evolución de la contienda. Este argumento simbólico es una constante en los relatos de excombatientes, al margen de que estos figuren o no dentro de libros específicos de memoria de guerra. Y aparecen imágenes concretas de cómo la diosa fortuna protege a unos y condena a otros según leyes al parecer inescrutables, que no excluyen actos de heroísmo para cerrar el círculo (protagonizado por Piñeiro y, como es norma, narrado con tacto):

Nunha ocasión, por exemplo, volvendo coa camioneta cargada de víveres, fomos sorprendidos pola aviación que empezou a bombardear. Abandonamos o vehículo correndo e buscamos refuxio nunha espeie de cova pequena que había no monte, a poucos metros da estrada. Cando cheguei non quedaba apenas sitio, pero aínda quedaba un compañeiro fóra que non sabía onde meterse. Eu cedílle o meu posto e funme colocar debaixo dunha árbore, a poucos metros de distancia. Nada máis situarme debaixo da inútil protección das ponlas, una bomba cae una mesma entrada da cova onde se atopaban os meus compañeiros e matou a varios, entre eles o que chegara de último e ocupara a miña praza. (*Ibid.* 57)

Heroísmo, valentía, muerte, dolor, cobardía forman parte de los grandes conceptos o *big words* examinados por Yuval Noah Harari (2004) o Samuel Hynes (1998) en sus obras. Estos núcleos temáticos, símbolos o significados esenciales no son tratadas en profundidad por los autores y los textos trabajados en este artículo. Aunque si es cierto que tanto Fernández del Riego, Elixio Rodríguez y, especialmente, Ramón Piñeiro se aproximan a estos patrones de análisis en algunos pasajes de sus libros. En este punto, es quizá Piñeiro quien se atreve a profundizar en algunas de estas *big words* cuando vislumbra el poder casi redentor, transformador, de la violencia, la muerte y la crueldad, generadoras de situaciones emocionales de angustia y aislamiento interior. Un poder o un efecto renovador o de

mutación que, como vamos a ver, experimentó en primera persona.

Otra situación de peligro muy semejante, también circunscrita a la experiencia de combate, le ocurrió –sigue Piñeiro– en una localidad próxima a Teruel. Otra vez el azar o el socorrido “ángel de la guarda” le impulsaron a vencer la tentación y a no ocultarse, durante un bombardeo, en el garaje de una vivienda donde cayó otra bomba devastadora, que provocó la muerte de casi todos los que buscaron refugio en ese lugar.

Pero más allá del campo de batalla, o en este caso, *más acá*, surgían amenazas vinculadas a su pasado galleguista, por ejemplo, cuando una mano anónima le envió al oficial a su cargo un mensaje escrito en el que se acusaba a Piñeiro de rojo y espía republicano. Preguntado por el teniente, confesó la verdad y declaró que en el cuartel no desarrollaba actividad política alguna, con lo que convenció a su superior, descrito como un “rapaz culto, arquitecto e de ideas cristiás”, a quien *liberó* del cargo de conciencia de enviarlo al pelotón de fusilamiento. Este punto es importante en nuestro trabajo porque atañe directamente a la cuestión de la doble lealtad –la impuesta por el bando franquista y la ideológica o sentimental hacia la causa de la República y el movimiento galleguista–, un dilema que Piñeiro resuelve ateniéndose –según su relato– al principio de supervivencia, pues haber añadido una coma inoportuna o una palabra de más a las explicaciones dadas a su teniente le hubiese costado la vida con total seguridad. Más dudas deja este incidente que relata a continuación del anterior:

Sen embargo, dos episodios máis terribles que vivín na guerra un dos que máis me marcaron tivo que ver cun plan de fuga que me propuxeron uns compañeiros, varios deles galegos. Tiñan pensado pasarse ao outro lado, aproveitando que as liñas da fronte estaban moi próximas e que abondaba practicamente con botar unha carreira e xa se estaba no bando republicano. Eu tratei de disuadilos, con argumentos que me parecían sólidos, destinados a facerlles entender que a empresa era bastante máis complicada do que eles pensaban e que tiña bastantes posibilidades de acabar en fracaso. Non me fixeron caso, puxeron en práctica o seu plan, que como eu pensaba, non funcionou. Recordo aínda hoxe a sensación de horror que experimentei cando, a noite anterior ao fusilamento, lles fun levar o rancho ao sitio onde os tiñan en capela. Pouco a pouco estes e outros horrores foron minando a miña saúde mental. Eu vía coma algúns rapaces coma min, fillos de campesinos, que me viñan

ver para falar comigo e que me contaban cousas das súas familias, por exemplo que tiveran un fillo, e que eran bos rapaces, incapaces de facerlle mal a ninguén, de repente, conforme a guerra avanzaba, apuntábanse voluntarios para fusilar prisioneiros, so coa idea de quitarlles despois as botas ou a cazadora. Chegou un momento en que pensei que non había ningunha garantía de que eu non acabase facendo o mesmo. Entón entroume unha anguria de tal natureza que caín nunha depresión moi fonda, coma se estivese metido nun buraco. Procuraba andar só, buscar un penedo apartado, por exemplo, e poñerme a meditar, pensando en que momento me podía converter tamén eu nun rapaz insensible como aqueles. Pouco a pouco, coa axuda dos amigos, sobre todo de aqueles que eran de esquerdas e que se preocupaban moito de min, fun superando a crise, pero pouco despois veu una aínda peor. (Piñeiro 2002: 58-59)

Es realmente interesante el mapa emocional esbozado por Ramón Piñeiro en estos párrafos, que continúan trazando esa línea de transformación interior que amenaza, por una parte, su salud mental y, por otra, sus principios éticos y morales al proyectar un miedo racional, perfectamente explicable en función de su rol de testigo y actor a un tiempo, a actuar como individuo privado de humanidad. A convertirse en un auténtico monstruo o autómatas, bajo los mismos parámetros de depravación con que se desenvuelven algunos de sus compañeros.

Por otra parte, del relato afloran dudas un tanto morbosas, hay que reconocerlo, acerca de si en realidad Piñeiro y tantos otros muchachos de su edad, testigos de horrores que dicen abominar en el momento de la escritura, fueron también, de alguna manera, partícipes de ellos, como también cabe preguntarse si las razones que le indujeron a desmarcarse del plan trazado por sus compañeros para pasarse a las líneas republicanas fueron otras distintas a la propia impracticabilidad del proyecto. En cualquier caso, dilucidar la veracidad do no del relato no es nuestro objetivo. Interesa en especial, se debe insistir en ello, la forma de ver el mundo –cómo se comprende la realidad vivida y se interpretan los espacios humanos e históricos, personales y colectivos– de un testigo de la guerra que relata su experiencia en el juego temporal en que el presente reconfigura el pasado. Así mismo, se percibe el énfasis puesto por estos autores en aclarar que entre las filas franquistas –como refleja también Piñeiro– se encontrasen bastantes soldados de ideología izquierdista, republicana y, particularmente, galleguista, interactuando dentro de pequeñas

células o grupos más o menos coordinados y hasta vinculados como enlaces a los servicios de inteligencia republicanos.

Continúa la narración con una descripción concreta del cementerio de Teruel, con sus tumbas reventadas y los cuerpos expuestos fuera de ellas, imágenes (en especial la de una niña vestida de primera comunión y la de un hombre trajeado) que le produjeron espanto – término nada equívoco –, emoción que le condujo a un estado de pasividad y apatía preocupante, superado con la ayuda del médico de la unidad.

La experiencia de guerra condensada en *Da miña acordanza* nos habla del inicio de un proceso de transformación interno profundo o de un cambio psicológico personal (que podría implicar uno colectivo bajo ciertas condiciones), a partir de una reflexión sobre la guerra civil que activo un nivel de conciencia y análisis de la realidad propio del trabajo de observación del filósofo:

Logo xa empecei a reflexionar sobre a guerra e como eu era un rapaz sensible, a experiencia trastornoume todos os meus esquemas e obrigoume a pensar no que sucederá durante aqueles trinta meses de barbarie. Resultábame incomprendible como as cousas puideran chegar a aquela situación. Non escuquecerei, por exemplo, naquel clima de insensibilidade xeneral, un día en que estábamos na misa, perto también de Teruel, formados dentro da igrexa parroquial, e o cura, durante a predicación, pronunciou una frase terrible, certamente moi pouco evanxélica e nada cristiá. Dirixíndose a nós, os soldados alí presentes, díxonos cun ton irónico e moi cínico: “Hijos míos, tenéis que aprender a utilizar bien la bayoneta porque es un arma muy entrañable”. Froito das reflexión que me inspiraron aqueles feitos, xa con serenidade, liberado daquelas crises depresivas nas que me sumirá, naceu o meu interese pola filosofía e o abandono dos meus proxectos iniciais, anteriores a guerra civil, de estudar filoloxía (...) A guerra, sen embargo, cambiou os meus proxectos. Despois de trinta meses de horro, vendo as mortes, os asasinatos, os fusilamentos, o comportamento da xente, tiña a sensación de que a guerra se volverá incomprendible. Entón acentuouse en min a necesidade de comprender por qué os seres humanos eran así, por qué se comportaban como feras. Dese xeito fun pasando do plano do inmediato, que refugaba por absurdo, ao plano da transcendencia, onde buscaba os cimentos que me faltaban. (*Ibid.* 60)

Un proceso de transformación que, en principio, supuso una ruptura evidente con su vida

y los proyectos elaborados antes de la guerra, pero no fue solamente eso. Hubo algo más, aconteció una catarsis provocada por la experiencia de guerra, y por las emociones asociadas a esta, que deberían ser analizadas, en su caso, “not as internal psychological states, but as social and cultural practices”, centrándose “not so much what emotions are as what they do” (Delgado, Fernández y Labanyi 2016: 3; Ahmed 2004: 4). El propio Piñeiro le reconoce a la experiencia de guerra un papel central en la *génesis* y formación de un filósofo urgido de argumentos para explicar el pasado desde los sucesivos *presentes* que componen el futuro de cada individuo. Pero esta experiencia no debe aislarse en un plano puramente introspectivo y puede interpretarse como una construcción cultural dependiente de un bagaje de valores y modos de socialización previos, pero también como un concepto que pueda constituir, sin olvidar su valor de punto de inflexión en la vida de un individuo, un buen objeto de estudio de una *historia interior* o de una *historia de la experiencia*. Un objeto constituido por lo que es al mismo tiempo propio y ajeno, de uno y de otros, individual y colectivo, en el deseo de trascender la propia perspectiva y de aproximarse a la intersubjetividad (Moscoso 2017: 222-223). Una historia que trascienda las dicotomías clásicas que definen la formación de conciencia moderna en occidente (cuerpo-alma; materia-espíritu; yo-nosotros) y separan lo sensorial de lo emocional, o ambos planos a la vez de la función del pensamiento.

En definitiva, Ramón Piñeiro nos habla de la reconstrucción personal y desborda el enunciado emocional esbozado por Fernández del Riego, mientras que ninguno de los dos avanza en la dirección de discernir el sentido estricto de la guerra contra el hermano o camarada ideológico encuadrado en la trinchera de enfrente, un posible objetivo militar de la propia violencia indiscriminada, con independencia de que esta fuese mediada por una disciplina impuesta por los mandos a cualquier coste. En este punto, hay que recordar que tanto Fernández del Riego como Ramón Piñeiro escribieron sus libros autobiográficos o enviaron sus testimonios al libro de Carlos Fernández Santander a partir de comienzos de los ochenta, por lo que sus testimonios estaban sino determinados si claramente receptivos al clima social generado por la prevalencia política de la memoria equidistante imperante durante la transición a la democracia en España (Aguilar Fernández 2008). Una memoria que podía

ayudar a normalizar la experiencia de guerra de los soldados que hicieron la guerra civil encuadrados en el bando equivocado, contrario a sus principios ideológicos, pues contribuyó a relativizar o difuminar hechos, procesos y creencias políticas que merecían otro tipo de análisis. Puede plantearse, así mismo, una hipótesis que vincule a los tres fundadores de Galaxia concernidos en estas páginas (Del Riego, Piñeiro e Illa) con una memoria activa o *motora* que sirviera también, en cierto modo, para compensar el estigma de su permanencia en las filas del bando franquista en combate. Dándole una vuelta de tuerca más ambigua a este asunto, Carballo Calero achaca a la condición de exmilitares franquistas de los citados una mayor facilidad para desarrollar sus proyectos políticos y culturales durante la dictadura franquista, una pulla bastante controvertida y quizá descontextualizada. Lo cierto es que los tres autores mencionados se reivindicaron como opositores claros al discurso monolítico del régimen franquista, a través de una trayectoria inequívoca focalizada sobre la reconstrucción de un galleguismo democrático y de las bases para la futura autonomía de Galicia.

Queda en este apartado un hueco, necesariamente muy breve, para hablar de Xaime Illa Couto y su postura elusiva a la hora de transmitir sus vivencias durante la guerra civil, en la que participó como soldado del bando vencedor. El breve espacio que le hemos dedicado compromete la lógica de su inclusión en este trabajo, aunque su renuencia a hablar sobre su participación en la guerra se convierte en un foco de atención para dilucidar una de las respuestas más comunes a los hechos o situaciones traumáticas: el silencio. Xaime Illa fue siempre el tercer vértice de este triángulo galleguista sobre el que gravitó Galaxia, e incluso Ramón Piñeiro recordaba que fue Illa quien propuso la reconstrucción del galleguismo en una reunión mantenida con él y con Francisco del Riego a principios de los cuarenta. También Ramón de Valenzuela, presionaría en ese sentido, teniendo que abandonar el proyecto y concentrarse en la Unión Nacional (pretendió inicialmente integrar al PG en este órgano), tras la estrategia dilatoria

argumentada por Piñeiro a este respecto (2002: 61-64). Por su parte, y con la perspectiva de los años, Illa optó por refugiarse en el silencio, al menos en público pues se rumoreó que había escrito unas memorias inéditas en donde quizá tratase este asunto, y lo hizo a conciencia. El autor de estas líneas entrevistó a Xaime Illa en Vigo en el verano de 1997 y llegó a formularle una pregunta sobre esta cuestión, sobre su experiencia de guerra bajo las órdenes de los mandos franquistas, pero el aludido rehusó hacer comentarios y pasó de puntillas sobre este asunto⁶. Prefería detenerse, con su estilo afable, comunicativo y siempre elegante, en los días de felicidad que trajo la proclamación de la Segunda República, en la izada de bandera que realizó el mismo en la mañana del día 14 en el patio de un instituto vigués y que, tal vez, “se hiciera un poco antes que en Eibar”. O en los proyectos cristalizados en la fundación y trayectoria de la editorial Galaxia o fracasados en la articulación de una alternativa democristiana galleguista al PNV o a Convergencia i Unió. Todo un símbolo.

3. Los *desertores* no desertan del pasado: la memoria circular

La personalidad de Elixio Rodríguez, su figura de militante galleguista, piloto de aviación, hombre de acción, empresario de éxito –estatus alcanzado, por cierto, por un número apreciable de pilotos de las FARE en el exilio– es difícilmente clasificable, aunque, obviamente, así se podría definir la existencia de cualquier ser humano sometido a las constantes de un tiempo histórico inestable, turbulento, o zarrandeado por los embates de la realidad cotidiana en cualquier época. Originalidad a la que se añade un cierto grado de excentricidad en sus actos, recuerdos y pensamientos. A lo largo de su trayectoria vital supo lidiar con el azar o la suerte, factores que jugaron en su vida un papel –según reconocía él mismo– muy significativo.

En principio, el autor espera hasta el epílogo para sintetizar las razones por las que escribió su libro de memorias, animado por su esposa e hijos y tal vez movido por un “chisco

⁶ Con motivo de la elaboración de la tesina *El nacionalismo gallego durante el franquismo: el caso de la editorial Galaxia*, leída en junio de 1998 en la Facultad de Historia de la UCM por José Galán Ortega, se entrevistó tanto a Xaime Illa Couto como a Francisco Fernández del Riego, girando las preguntas en torno a la fundación y trayectoria de la editorial viguesa.

de vaidade”, “unha arela de pervivencia” o su particular “teima da precisión e exactitude”. Estos factores se traducen, ciertamente, en una preocupación por legarle a sus familiares un relato de su vida que trascienda un conjunto de meras referencias y, lo que aún es más interesante desde nuestro punto de vista, por expresar cuál es su visión y pensamiento sobre sí mismo y su mundo. Sus palabras son suficientemente explícitas: “Pois para os que son e os que han ser...paréceme de xeito –e lexítimo–deixar constancia, aínda que sexa telegráfica, de como un sinceramente se ve, do que un de si mesmo pensa” (Rodríguez 2007: 397). A estas motivaciones se les podría añadir la necesidad de sentirse capaz de procesar psicológicamente la realidad transitada, confirmando sentido y significado a las vivencias individual y colectiva para dotar así de cohesión narrativa a la propia experiencia de guerra (Dwyer 2015: 110-111). Estas razones parecen lógicas y hasta naturales si se piensa en las circunstancias de los soldados forzosos considerados aquí, hombres necesitados de explicarse a sí mismos y explicarle a los demás una experiencia de guerra, política y antropológica más compleja (como la generada por las guerras civiles y sus frecuentes intercambios forzados o confusiones de lealtades). Esta encrucijada se afrontó en escenarios o campos de batalla donde debían luchar junto a sus enemigos, sirviendo a una causa completamente ajena a sus principios, frente a correligionarios y amigos personales e ideológicos.

De igual forma, concluye su autorretrato con una definición muy precisa de su carácter, creencias e ideología. Dentro de ella, cabe la vena apasionada e impulsiva que le llevó a vivir situaciones críticas y a posturas “quixotescas” o a actitudes compasivas bastante frecuentes, que se vinculan en el relato a su formación religiosa en los Hermanos Maristas y, en especial, a su admiración por la figura de Cristo, cuya “ayuda milagrosa” invocó y obtuvo –no lo afirma, pero lo sugiere como alternativa al azar a través de un lenguaje conceptual inserto en su memoria–, a pesar de las dudas interiores manifestadas. El último párrafo del libro lo reserva para desmarcarse de cualquier ideología política que no sea la del nacionalismo gallego, una pasión vital confesada de forma solemne, y el amor a la libertad y a la República. Estos elementos conforman una identidad que condiciona la escritura y la conduce por las primeras décadas del siglo XX, la guerra civil y el exilio francés y mexicano.

Hijo de un contratista de obras que empezó trabajando como cantero, tuvo la posibilidad de ir a la escuela y aprender de maestros como José Taibo, que le inspiró un fuerte sentimiento galleguista. En su relato, y como ya se ha sugerido con anterioridad al subrayar su intención explícita de escribir para alcanzar alguna forma de autoconocimiento, se atreve a explorar y reconocer sus emociones del pasado, que cree poder preservar en la memoria. Tras narrar la escena en que consigue recuperar el rumbo perdido y aterrizar en el aeropuerto de Getafe durante el examen práctico en el que se le concedió el título de piloto civil, hace esta reflexión:

Dende entón pasaron uns sesenta anos –estou escribindo estas liñas precisamente o día que fago oitenta e tres. Pero as seis décadas non impediron que lembre nidias, con todo o seu dinamismo, as emocións daquela noite. E como penso nelas, aínda admitindo que para a casualidade non hai nada imposible, inclínome a crer n aman misteriosa de que falei, no esotérico, en algo que está fóra da miña comprensión e, por que non dicilo, no milagre. (Rodríguez 2007: 49)

Palabras como *azar*, *casualidade*, *milagre* se repiten a lo largo del texto y definen el relato de aventuras propio de las memorias escritas por los pilotos de las FARE (Fuerzas Aéreas de la República Española). Un relato de aventuras que parte de la amenaza de los falangistas que, tras estallar el golpe de estado y conocida su militancia galleguista, se lanzan a su caza y captura por la comarca ourensana de Bande. Tiroteado por un pistolero de la Falange, es arrestado acto seguido por una pareja de la Guardia Civil que impidió, al tiempo, que el falangista pudiera cumplir su objetivo. Una escena de película que acaba con Elixio Rodríguez en el convento de Celanova, habilitado como prisión y un lugar de memoria emblemático de la represión en Galicia. Un teniente de la Guardia de Asalto, padre de una amiga suya, se convierte en su salvador en varias ocasiones (la complicidad de un juez también le ayuda, lo que explica el valor de las influencias y conexiones locales en aquellos días): en una de ellas consigue, *in extremis*, rescatarlo literalmente cuando un grupo de fascistas estaba a punto de ejecutarlo. Este es el punto donde la opción del reclutamiento vuelve a convertirse –como lo fue en el caso de Fernández del Riego y Piñeiro y lo será, como veremos, en el de Ramón de Valenzuela– en un salvoconducto para huir del *paseo* y, con frecuencia, para reducir la presión sobre las propias familias de

los perseguidos. Una salvoconducto renovado metafóricamente por Rodríguez y Valenzuela en el momento de desertar. Con la narración casi cinematográfica de la escena de su ejecución frustrada, Elixio Rodríguez nos transporta al territorio del horror y también, por supuesto, al del azar, tan propicio para el destino del piloto orensano en tantas situaciones críticas:

Eramos cinco as vítimas daquel día. Sen ningunha esperanza de salvación, non podíamos facer máis do que é resignarnos e esperar a hora fatal do “paseo”. Lembro que, durante a longa espera, case non cruzamos palabra; ensumido cadaquén nos propios pensamentos. O que si, como para descender da atalaia había que camiñar por unha estreita pasaxe á beira do tellado, un dos compañeiros propuxo que naquel traxecto tratásemos de sorprenden os nosos verdugos e empurralos o baleiro. Idea aceptada, por unanimidade, sen vacilación, con morbosos entusiasmos, mais que non poderíamos levar a cabo. Frustrouse a nosa esperanza cando, aos poucos minutos, un dos carcereiros, acompañado por varios falanxistas –todos eles ben armados–, abriu a porta e permitiu que estes nos espoasen cuns anacos de arame que, con tal propósito, traían cortados á medida(...) O meu valedor [el teniente Pousa], malia o éxito do seu arriscado esforzo por salvarme a vida a poder de burlar as “ordres de liberdade”, (...) xa non acreditaba na unidade da súa protección. Mais, aínda así, intentou sacarme con ben daquel transo. El alertara os seus carabineiros que lle desen aviso en observando que ían pór en “liberdade” (...) E, por iso, un deles –Antonio E. Turceta, bo amigo meu– subiu ao seu cuartel coa información de que estábamos a saír e que íamos cara ao Furriolo (un dos lugares onde practicaban habitualmente os seus asasinatos). Pousa non tardou tempo en vestirse (...) Cando nos deu alcance, xacían catro cadáveres na gabia. Eu, cun pé no automóvil e outro xa na estrada, ía ser o número cinco. Como non acerto a describir o dramatismo do intre, limitareime a dicir que cando me vin iluminado polos faros daquel coche invadíume o optimismo e sentín a inexplicable sensación de que o meu “Anxo da Garda” estaba alí. Isto confirmando cando vin que Pousa baixaba precipitado e, cos carabineiros apuntando os fusis cara aos falanxistas, dirixiuse a eles berrando:

—Quietos, a ese non o podemos matar hoxe. Matádeo mañá. (*Ibid.* 66-67)

Resulta muy llamativa la oportunísima llegada del teniente Pousa al punto en que se iba a eliminar a la quinta y última víctima de aquel *paseo* nocturno, propia de un guion de Hollywood –con los carabineros apuntando a los falangistas para quitarles su presa. Parece evidente, así mismo, que la violencia fascista se focaliza obsesivamente sobre algunas figuras de las Mocidades Galeguistas, como ya se ha apuntado unos párrafos atrás. Este clima de persecución del galleguismo representa un buen argumento para explicar la toma de ciertas decisiones, otra vez se emplea la misma lógica, algo palusible por otra parte. Una explicación que funciona tanto para dotar de coherencia al plano de la realidad social y política del momento como al de la memoria seis décadas después, y a ambos en su articulación narrativa para la justificación de su ingreso en la Legión, a la espera de conseguir una plaza en la aviación militar franquista. Las gestiones ante el Banderín de Enganche de la Legión las realizaron, en su nombre, el citado teniente Pousa y otro oficial apodado *Mi caballo murió*, una muestra de un tipo de humor negro bien arraigado en el rural gallego, proporcionándole de nuevo a Rodríguez una ayuda indispensable para escapar de la muerte tras otro agónico e interminable episodio, aunque no tan crítico como el de *O Furriolo*, tras el que devino una tregua pronto cancelada en los frentes de batalla. Ya en el viaje en tren hacia el cuartel de la Legión Extranjera en Cáceres, había sido tentado con la posibilidad de desertar por varios compañeros que conoció en el trayecto. Logrado el objetivo de ser destinado a trabajos administrativos como ayudante del teniente Holguín en la Oficina de Reclutamiento, para de esa forma evitar ser enviado al frente, disfruta de un periodo de tranquilidad hasta que Jack Caruncho, jefe de personal del arma de Aviación franquista, y uno de los golpistas más activos en A Coruña, le conmina a cumplir su obligación de piloto y enrolarse en la aviación franquista⁷.

⁷ El género autobiográfico le permite a Elixio Rodríguez establecer dos niveles de interpretación (Thompson 2009: 90). En el primero, determinado por la información de la que se disponía en la época, Caruncho poseía un perfil humano. Un perfil muy difuminado, o directamente ensombrecido, tras establecerse un segundo nivel de interpretación, en función de lo que el autor ha llegado a conocer con el tiempo sobre el papel de este oficial en el golpe de estado de julio de 1936 en A Coruña.

La obsesión por desertar crece de forma paulatina, alimentada directamente por las misiones de bombardeo sobre objetivos republicanos en que participa —según su relato— de forma obligada. Trasladado del aeródromo de Tablada (Sevilla) al de León, donde se integra en una escuadrilla mandada por un galleguista, el capitán Ignacio Iglesias, con el que traba una estrecha amistad, es en este último destino donde comienza a barajar seriamente la posibilidad o la necesidad de huir a la zona republicana a los mandos de un aparato franquista. Durante una misión de bombardeo en el frente del Norte, como piloto de un Breguet XIX, es testigo de escenas que se graban a fuego en su memoria. Recuerda Elixio:

Para desorientar os vixías inimigos, trazouse un itinerario que aparentaba levarnos a Xixón; no entendido de que, unha vez gañada a altura suficiente, habíamos virar cara ao branco e caer en picado sobre el. Fíxose así e collemos o inimigo completamente desprevido. Resultado: as instalación ferroviarias destruídas e a pequena cidade completamente en ruínas. Nunca puíden esquecer aquel bárbaro e odioso masacre. Aínda agora, cando risco estas palabras, sigo a ver o artilleiro que manexaba a metraladora do meu avión ordenando que me achegase ao grupo de xente aterrorizada que corría polas rúas, para dispararlles con asaño e a pracer, impunemente. Arredámonos do lugar deixando atrás unha gran mancha de fume que causaba fachenda nos meus compañeiros, como puíden comprobar polas súas mostras de xúbilo. Para os meus camaradas, o regreso daquela misión era de festa. Para min, pola contra, supuxo unha anguria tan grande que non esaxero ao dicir que non dou co xeito de describila. E obvio que participei nela obrigado polas circunstancias, a desgusto e contra a miña vontade. (*Ibid.* 97-98)

Estamos ante un fragmento que refleja varias emociones esenciales ante la *victoria* sustentada en una masacre que es vivida como una derrota interior en el recuerdo: angustia, dolor, vergüenza y, de forma latente, miedo a ser descubierto por sus compañeros como desafecto al nuevo estado franquista y, en paralelo, a las *hazañas* de su fuerza aérea. No en vano, su carácter impulsivo le había llevado previamente a cometer ciertas imprudencias por las que pudo ser descubierto como partidario de la República que era.

Dado su papel de disidente ideológico, obstinado además en pasarse a las líneas republicanas para luchar en favor de su verdadera causa, Elixio Rodríguez afronta una dificultad añadida en relación a los obstáculos que se les

presentaron al resto de sus compañeros, soldados franquistas forzosos. Nos referimos a la mayor visibilidad de los efectos o secuelas de las acciones de los aviadores, que en un vuelo rasante podían perfectamente vislumbrar las caras de las víctimas de sus ametrallamientos o en un bombardeo respirar o ser cegados, literalmente, por el humo originado por las bombas que habían arrojado sobre objetivos civiles o militares:

Consecuente cos meus ideais e sentimentos, eu non puíden vencer os escrúpulos e ignorara os acenos do xefe para ceibar as bombas. Coidei que habíamos regresar polo camino máis curto, que era o das montañas. Daquela, quedando á zaga da formación, seríame fácil apertar o botón e desfacerme discretamente da miña molesta carga de maneira que,, ao estoupar ela, a nosa escuadrilla xa se atoparía da outra banda dalgún cume. Ora, a realidade foi moi diferente. (*Ibid.* 98)

Una realidad tan *diferente* que el relato debe retorcerse un tanto para abarcarla, pues el jefe de la escuadrilla decidió cambiar la ruta seguida en la ida para evitarse el riesgo de ser alcanzado (como en la ida) por balas de fusil o perdigones de escopeta, lo que forzó a Rodríguez, obligado ahora a sobrevolar una zona densamente poblada de pueblos y aldeas, a esperar hasta el último momento para soltar la carga de las bombas que llevaba y no había querido arrojar sobre el objetivo por razones fácilmente deducibles. La peligrosidad de la maniobra era máxima, pero se vio obligado a ella para esquivar un doble riesgo: el estallido de alguna de las bombas durante la maniobra de aterrizaje o la investigación que provocaría su incumplimiento de las órdenes de combate, que seguramente conduciría a una averiguación de antecedentes y a su fusilamiento. Y en esta “espiral” narrativa aparece de nuevo el humor negro:

Estas consideracións leváronme á conclusión de que o menor dos males era expulsar as bombas inmediatamente, antes de chegar á base; e así o fixen. Aínda iamos voando a considerable altura, cando vin unha zona despoboada e non o pensei máis: accionei o disparador e libreime da embarazosa carga. Logo, ao chegar, soubemos que caeran bombas da nosa escuadrilla onda un rexemento que se atopaba a facer prácticas de guerra. (*Ibid.* 99)

Este incidente acabo en nada, de nuevo de forma milagrosa, pues la investigación llevada a cabo por el coronel jefe de la base, un simple

interrogatorio grupal, determinó que la causa estuvo en un posible fallo técnico: “Feliz porque saíra tan ben librado daquel aperto, prometinme que de alí en adiante había actuar coa máxima prudencia e nunca máis había abusar da sorte. Máis, incorrixible, ese mesmo día volví n pór en evidencia a miña condición de antifascista” (*Id.*).

En este punto, el revoltoso Elixio Rodríguez necesita subrayar su condición de antifascista para compensar o, tal vez, reconfigurar la memoria de perpetrador ocasional, accidental, pero de verdugo en realidad. Un recurso semántico adecuado para digerir la narración de una masacre innecesaria, que aún parece turbarle en el momento de la escritura.

Su traslado temporal a Salamanca, para hacer un curso de pilotaje de Junkers 52 en el cuartel de la Legión Condor, le permite intimar con dirigentes falangistas como Manuel Hedilla o Ramiro Vidal, cuya amistad equivalía a una mayor seguridad respecto a sus perseguidores en Bande, a los que imaginaba sufriendo en las trincheras mientras él goza de los privilegios indudables de los pilotos. Sin embargo, en el relato de Elixio Rodríguez, y también en el del resto de los excombatientes considerados aquí, también se percibe una influencia de ese tipo de amor al enemigo, o fraternidad más allá de lo simbólico, que define Joanna Bourke en una de sus obras más destacadas. Se trata de un sentimiento o una emoción que experimenta con más intensidad el individuo más próximo al enemigo en el combate (los prejuicios aumentarían a medida que los sujetos se alejan del enemigo), en este caso con más razón tratándose de una guerra civil y de hombres absorbidos forzosamente o infiltrados por necesidad en unos círculos evidentemente hostiles a sus ideales y objetivos vitales y políticos (Bourke 1999: 147-150).

Por otra parte, sus contactos con militares alemanes le permiten experimentar, de forma nuevamente muy cinematográfica, con claras reminiscencias de la película *Casablanca*, las señales de un “ego” impulsivo e irreverente. Un *ego* –concebido más como eje del relato y no tanto como reflejo de una personalidad necesariamente megalómana– que parece revolverse contra la marcialidad germana y su costumbre de imponer himnos militares teutones entre los temas que tocaban las orquestas del momento y lugar donde se encontrasen. Una escenografía muy Hollywoodiense, obviamente, aunque en el relato no se mencione a Ingrid Bergman ni a Victor Laszlo, papel que

parece inspirar a Elixio Rodríguez en su relato. Hablamos de la escena referencial en que, en la película citada, el líder de la resistencia noruega interrumpe una marcha nazi pidiéndole a la orquesta que interprete los acordes de *La Marsellesa*.

El carácter energético de Elixio, interpretado como un don que el autor trata de resaltar en todo momento a modo de señal de identidad irrenunciable, también le predispone para el amor o, más bien, para el enamoramiento no correspondido, pues en el caso narrado es rechazado por una joven viuda del pueblo asturiano de Navia, a cuyo aeródromo improvisado habían sido trasladados recientemente. La joven había sido torturada, al igual que su marido asesinado, y sus verdugos habían grabado en su frente las siglas UHP, en relación a la Unión de Hermanos Proletarios. Para responder a sus galanteos, que ella sabe provienen de un oficial de aviación franquista (su uniforme de paseo lo delata), le espeta: “non podo ser a túa noiva, ¡porque es fascista, home!”. Tan elocuente como este comentario es el breve pero significativo retrato del ambiente social y del clima psicológico de aquel pueblo azotado por la represión fascista desde los primeros días de la guerra (Rodríguez 2007: 112-113).

Llegamos al momento central del relato, el núcleo de su experiencia de guerra, la escena de su desertión de la aviación franquista y fuga aéreo-marítima a zona republicana, a través de un recorrido novelesco por varias ciudades del norte de África. Antes de ejecutar el plan que finalmente le llevó a Gibraltar atravesando la sierra de Ronda, a los mandos de un avión franquista (un Breguet XIX), ya había intentado la huida en un par de ocasiones. En concreto, en la segunda intentona, se topó con la dificultad de no saber exactamente cómo iba a reaccionar su mecánico, duda ante la cual meditó incluso en la posibilidad de eliminarlo físicamente en pleno vuelo. Elixio Rodríguez cambió de idea tras reunirse en secreto con su subordinado. El sargento-mecánico le confesó sus sentimientos republicanos pero, al tiempo, se mostró reticente a emprender la fuga temiendo posibles represalias para su familia. Un nuevo quiebro de “guion” permitió que Rodríguez, para protegerse frente a posibles delaciones, convenciese a su interlocutor de que todo había sido una estratagema para verificar su lealtad al nuevo régimen franquista. Un alivio para todos, especialmente para el piloto ourensano.

De esta manera, un tiempo después, pudo volar a Gibraltar burlando fácilmente los controles de su aeródromo e iniciar una andadura que le llevaría (tras entrar en contacto con el servicio secreto británico, lo que le generaría más tarde un problema gravísimo), vía Tánger y Casablanca (en Tánger estuvo a punto de ser secuestrado por agentes franquistas y se salvó otra vez por pura casualidad), a su destino final en Valencia, capital en ese momento de la República. El autor recuerda como fue encarcelado de forma injusta por las propias autoridades republicanas, tras ser investigado por el SIM en relación a una acusación de espionaje –las causas reales no están explicadas con claridad. Condenado a muerte por un tribunal popular, se salva nuevamente en el último minuto, literalmente “de milagro”, pues le iban a ejecutar a las seis de la mañana y la orden de aplazamiento llegó minutos antes, gracias a la intervención postrera de Castelao, Luis Soto y otros galleguistas, residentes en ese momento en Valencia. Esta casualidad, proyectada o no en su “Ángel de la Guarda” particular, le libra también de una muerte segura en un bombardeo a finales de 1938, cuando se encontraba destinado en Barcelona en los servicios de intendencia del ejército republicano –ya superados sus problemas “legales”–, y en la huida masiva hacia la frontera francesa. Aquí irrumpe en el relato de Elixio Rodríguez una imagen perturbadora, que recordará en el tiempo con la misma intensidad con que fue vivida la situación que la generó, provocada por un ataque de los Fiat franquistas sobre civiles indefensos. Recuerda nítidamente las figuras de un guardia de Asalto y su hijo, un bebé que acababa de perder a su madre, alcanzada por las balas fascistas a escasos metros de Elixio. Padre e hijo se encuentran aislados en medio de la nieve, mientras Rodríguez y su grupo buscan refugio a causa de un nuevo ataque aéreo, tras haber intentado prestarle a la infortunada familia toda la ayuda que pudieron. Aquí, el autor expresa emociones contradictorias, oscilantes de la compasión a la rabia, que se reconfiguran en cada acto de memoria:

Alí quedou aquel desgraciado ser humano, cuberto coa mortalla de neve coa que piadosamente o tapamos. É ben seguro que, a mesma hora, xa en terra, o aviador asasino, sentado cómodamente na cafetería do seu aeródromo, cum bo almorzo diante, estaría a fachendear da súa fazaña cos camaradas. Outro problema para o atribulado garda foi que o neno comezou a chorar desesperadamente. Comprendemos que tiña fame e que a solución sería atopar unha muller que lle dese a teta. Buscámola entre os diversos

grupiños que camiñaban nas proximidades. Pero sen resultado. Daquela conseguimos algo que talvez podería resolver un problema: unha lata de leite condensado (...) A traxedia daquela malparado garda de asalto e do seu neno ficou coma un pesadelo para sempre gravado na miña mente. ¿Morrerían conxelados? No mellor dos casos, ¿Cómo podería quentar de novo o leite condensado, vital para a supervivencia do neno? (*Ibid.* 273-274)

Como emoción predominante en la narrativa de Elixio, la compasión o las actitudes compasivas –expresadas como sentimientos de empatía vinculadas al deseo de actuar en favor de los demás–, descritas con naturalidad, le permiten al lector conocer personajes destinados al olvido: el guardia de asalto y su bebé, el zapatero Felisindo, las ancianas francesas, un funcionario judicial republicano discapacitado que se ensañó con él en España. Estos personajes habían sido condenados a perder la vida o la identidad también en el recuerdo. Rodríguez los trata con cariño y los rescata para poder así acercarse a la condición de las víctimas, a través de una mirada exenta de filtros ideológicos o culturales.

La estancia de Elixio Rodríguez en Francia no resultó tan penosa como la de la mayoría de sus compatriotas reclusos en los campos de refugiados franceses. Aunque pasó también por el mítico campo de Argeles sur Mer, pudo abandonarlo a tiempo y encontrar una generosa ayuda brindada por civiles franceses. Su viaje a México –el enésimo guiño de su buena suerte, al parecer inagotable, según nos cuenta– supone el inicio de un exilio relativamente próspero en lo económico, factor que le permitió impulsar proyectos políticos (reconstrucción del PG) y culturales (*La hora de Galicia, Vieiros...*) de signo galleguista. En esta etapa, y debido a sus intereses comerciales, mantuvo contactos ocasionales con ministros franquistas (Arburua) y con el agregado militar español en Washington y visita España en un par de ocasiones antes de la muerte del dictador. Siempre mantendrá un estrecho vínculo con sectores significativos del nacionalismo gallego.

Hasta aquí el examen de un texto que mezcla una base memorística sólida –aunque el autor no pretenda ejercer de historiador improvisado y solamente se ciña a un hilo cronológico y biográfico básico–, formada por recuerdos y emociones de una experiencia de guerra proyectada desde o sobre todos los ángulos de la obra, con imágenes literarias o cinematográficas evidentes, entre otros materiales que se combinan de una forma selectiva. Se trata

de emociones como *compasión*, *orgullo* (distintivo de los aviadores, ¿de su *comunidad emocional*?)⁸, *terror*, *rabia*, *culpa*, *tristeza* o *miedo* (esta última aparece sublimada, pero se percibe su aura). Todas ellas pertenecen, acaso, a cada *presente* en que se escribe, aunque se busque siempre, obviamente, un correlato factual y psicológico coherente con su proceso temporal.

Sin embargo, todo este corpus emocional condicionado por el azar, la suerte o un “ángel de la guarda” muy perspicaz –un símbolo que denota una forma de ver o “sobrevolar” el mundo como si de una estructura narrativa se tratase–, al igual que en el caso del enunciado por Fernández del Riego con un estilo mucho más lacónico, no se traduce en una experiencia de transformación o reconstrucción personal tan profunda como la narrada y reconocida por Ramón Piñeiro. En sí, el dinamismo narrativo de Elixio Rodríguez, la apuesta por un libro autobiográfico que se aproxima a la novela de aventuras o a la de espionaje, no parece romper ni perturbar el flujo normal de la memoria y sus canales de expresión escrita. De esta forma, es importante señalar que, en el momento de la escritura del texto –rebasados los ochenta años de edad–, el autor cuestiona de forma cautelosa la memoria equidistante entonces asumida en el discurso político oficial español, postura que, a pesar de ser compartida por muchos intelectuales en privado, no solía trascender públicamente.

Por su parte, Ramón de Valenzuela se adentra en la novela autobiográfica con resultados muy notables, hasta el punto de estar considerado como uno de los mejores narradores gallegos de posguerra y un auténtico pionero en escribir sobre la guerra civil desde un punto de vista literario. En estas páginas nos interesa, en especial, acercarnos a la experiencia de guerra del autor condensada en *Non agardei por ninguén* (publicada por primera vez en 1957), aunque también se hará alguna referencia a *Era tempo de apandar*, una novela publicada en 1980 por Akal, narrada también en primera persona. Ambas novelas narran episodios de la vida de Ramón de Valenzuela, que en *Non agardei por ninguén* utiliza el pseudónimo de Gonzalo Ozores, un alter ego

de ecos muy literarios, y en la más reciente, *Era tempo de apandar*, no cita su nombre en ningún momento, por lo que la identificación entre el personaje-narrador con Ramón de Valenzuela se refuerza notablemente. Este cambio nominal se justificaría, probablemente, en la fecha de publicación de esta última, ya en plena transición a la democracia, aunque no se puede descartar la tendencia de Valenzuela a utilizar pseudónimos en otras ocasiones (Regueiro 2011: 179). Sin embargo, esta afirmación puede matizarse si tenemos en cuenta que la última de las mencionadas, la publicada ya tras la muerte del dictador, resulta indudablemente la más literaria de las dos.

El pensamiento de Ramón de Valenzuela era claramente de izquierdas y se podría ubicar entre el comunismo y el galleguismo (Acuña Trabazo 2011: 81). Vinculado durante la II República a las Mocidades Galeguistas y al Partido Galleguista como consejero de zona, se hizo notar en la lucha por la aprobación del Estatuto de Autonomía de Galicia. Presidente de la Federación de Juventudes Culturales de Pontevedra, fue arrestado tras el golpe de estado y coincidió en prisión con galleguistas tan destacados como Camilo Díaz Baliño o Ánxel Casal, obteniendo la libertad gracias a la intervención de su familia. Desertó de las filas del ejército franquista en diciembre de 1937 y combatió en el V Regimiento de Lister para ser destinado, más tarde, al *Servicio de Inteligencia Periférico* del Estado Mayor del Ejército de Tierra republicano, mientras militaba en la *Sociedad Galega Antifascista* en Barcelona. Un breve exilio en Francia, entre el campo de Argeles sur Mer y una unidad del ejército francés, terminó con su captura y repatriación a España en 1941, donde cumplió solamente uno de los veinte años a los que fue condenado por un Consejo de guerra celebrado en Ávila. En la década de los cuarenta, contrae matrimonio en Galicia con María Victoria Villaverde (hija del diputado de IR, Elpidio Villaverde) y retoma sus estudios de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la USC. Antes de la guerra había estudiado también Derecho y Magisterio. Tras conseguir el indulto en 1949, emigra a Buenos Aires donde trabaja como agente comercial y escribe en

⁸ Barbara Rosenwein e Riccardo Cristiani sostienen que las *emotional communities* “are precisely the same as social communities” (2017: posición 1133, ed. Kindle).

Galicia emigrante, además de colaborar con otras publicaciones e iniciativas periodísticas y culturales. Regresa a España a mediados de la década de los sesenta y empieza a impartir a enseñar Historia en varios centros privados madrileños y a colaborar en el Club de Amigos de la UNESCO, donde imparte cursos de literatura, historia y geografía de Galicia en el Aula de Cultura Galega, mientras que, en el plano estrictamente político, se encuentra en la órbita del Partido Comunista de Galicia (Navas Sánchez-Élez 2011: 25-59).

En la primera parte de *Non agardei por ninguén* se narran las vivencias de Ramón de Valenzuela como huído y, más tarde, integrante ocasional de una partida de guerrilleros, de un grupo de izquierdistas que se “echaron al monte” para huir de la violencia represiva que se cernió sobre ellos desde el mismo inicio del golpe de estado en Galicia.

Antes de unirse a esta partida se oculta en el pazo de Beobre y es atendido por el matrimonio de caseros, a los que trata de seducir con un discurso político pleno de grandes palabras (*Libertad, Democracia, rexurdimento de Galicia*), radicalmente distintas a las que ellos escuchan en misa, entre las que destacan términos como *Humildad, Obediencia, rexurdimento do reino de Deus*, también poderosas metáforas de una realidad pétrea sobre la que operan dos tipos de prédicas no tan diferentes —afirma el autor—, la arcaizante y la progresista, la suya. Para retratar la posición arquetípica de una mayoría de la población rural gallega, apolítica y pretendidamente neutral, Valenzuela recuerda o imagina las palabras de Camila, la casera, esposa de Ánxel:

—A xente non se debía matar por estas cousas. Debe ser cousa do Inimigo matar así. Matar non é lei. Iso de atopar na beira un foxo, como nós atopamos o outro día, un mociño, case un neno, loiro e bonito, cun tiro na sen..., pobre nai... Disque se mandaran os outros ían matar moitos máis que estaban nunha lista negra. (Valenzuela 1989 [1957]: 54)

Un fragmento estremecedor tanto por la imagen transmitida como por el discurso social aceptado sobre la aceptación del mal menor. El autor recurre al sarcasmo o a la ironía para zanjar o esquivar el debate ideológico y sumarse al escepticismo propio de los vencidos en la guerra civil durante décadas, aniquilada la República, la democracia y los diversos proyectos autonómicos. A pesar de todo, sus convicciones aparecen siempre firmes y, a la altura de mediados de

los cincuenta, contexto de escritura de la obra, le ayuden a procesar recuerdos traumáticos que afrontar o reprimir (Caruth 1995). Este escepticismo o la necesidad de hallar culpables de la derrota de la República, no implica una quiebra de los principios ideológicos personales o colectivos, como deja bien claro la obra de Ramón de Valenzuela.

No se van a dilucidar aquí las razones que llevaron a Valenzuela a preferir la novela autobiográfica a la autobiografía, aunque como hipótesis se pueda aducir una combinación entre una vocación literaria sólida y el deseo de distanciarse de una realidad potencialmente dura, dañina en el recuerdo, que se pretendería silenciar selectivamente a través de la memoria, aprovechando esa paradójica función mencionada en otra parte de este trabajo. Así, el autor lograría una forma de experimentar cierto autocontrol psicológico sobre la realidad individual y colectiva y de dotar de significado y de cohesión narrativa a la propia experiencia de guerra. Por ejemplo, Ánxel, el marido, le confiesa que “estamos no mundo ao servizo das vacas, en vez de que elas estaren ao noso”, toda una declaración de principios tanto del personaje como del autor-narrador.

Los días en la guerrilla le sirven para conocer bien a Pepe Ansede, un personaje al que llega a definir como un líder sólido, atrevido y valiente, bueno en el manejo de las armas. Idealiza un tanto a los guerrilleros, eso es obvio, dados su posición ideológica y sus contactos con miembros destacados de la guerrilla en Galicia. Los conoce bien y entiende tanto su verdadera función como la naturaleza de su mito. En un momento, se destaca el desconocimiento que las autoridades republicanas mostraban, vía Radio Madrid, sobre la realidad política y social del territorio nacional, llegando a impartir instrucciones imposibles de poner en práctica por parte de los resistentes. La escena en que un guerrillero y su familia son abatidos en medio de un combate entre varios miembros de su grupo y la Guardia Civil es memorable. Es una escena de guerra que también forma parte de la experiencia individual de Ramón de Valenzuela, al menos por sus consecuencias. Se trata de una novela y la realidad se puede enriquecer con imágenes épicas para el relato de una escena de violencia extrema. Todo empieza cuando Lois de Cancela, un guerrillero muy joven, vuelve al hogar reclamado por su madre moribunda, noticia que llega a oídos de falangistas y guardias civiles, llegados al lugar al amanecer para rodear la vivienda:

Lois abre de par en par unha fiestra; de súpeto dispáranlle cinco tiros que lle non baten. No claror da alborada ve a figura da nai posta dereita enriba da cama, botando os brazos ao alto e traendo as mans á boca para afogar os saloucos. O pai no medio do cuarto berra con toda a forza do peito:

—¡Ai de Dios! ¡Ai de Dios! ¡Ai de Dios que nos matan!

Os falanxistas cercan a casa con bencina e préndenlle lume. O lume ergue un resplandor macabro. O mozo baixa correndo, abre a porta e diante da laparada di:

—Matádeme a min ¡Matádeme a min! ¡A meus país non!

Os falanxistas desármalo, córtanlle as mans e un deles báixalle un culatazo na cabeza. Na outra beira do camino, detrás do valado do alto, Xosé prepara o Mauser. Pepiño de Matos prega:

—¿Fuximos agora?

As vacas na corte senten o incendio e brúan atronadoras (...) E a súa verba ten unha arista en cada letra. Apunta, dispara e un dos conteñen a Lois cae morto. Volve disparar e cae outro mal ferido. Pepiño tamén dispara a súa pistola. Os falanxistas descubren a dirección dos tiros e van cubrirse no valado da beira do camino. Lois aproveita para fuxir pero un Garda Civil bátelle unha descarga no lombo e cae. Cando Xosé de Brabil o ve tumbado érguese do escondite cunha granada en cada man e brinca á toxeira co seu corpo de xigante. Lanza as dúas bombas ao grupo de falanxistas e dous deles saltan no aire e caen con estertores de morte, pero un garda enfíalle a ametalladora e Xosé cae xustamente enriba do corpo de Lois. (*Ibid.* 68-69)

El final de los padres de Lois es terrible. La madre muere abrasada mientras maldice a los verdugos de su hijo. Esta experiencia –la base real que contiene, más las percepciones intercambiadas en el grupo– formó parte, como se ha visto, de la memoria de Ramón de Valenzuela y, seguramente, de la de otros guerrilleros, fuesen protagonistas, testigos directos o integrantes de la retaguardia que estaba pendiente de la acción descrita. Poco después de esta escena, se representa un diálogo teatral, a modo de una conversación con un filósofo doméstico de ideas muy particulares, una licencia del autor para demostrar su tolerancia con ideas diferentes a las suyas –siempre que provengan, eso sí, de sujetos lúcidos. A partir de ese momento, la narración da un salto y Valenzuela se presenta a sí mismo (a su *alter ego*, Gonzalo de Ozores) ya con el uniforme del ejército franquista. Nos habla por primera y última vez de una emoción explícita: tras una

conversación con un primo alférez falangista que le advierte del peligro que corre si permanece en Pontevedra, incluso identificado como militar, reconoce que esa noche pasó más miedo que en todo el tiempo pasado en la guerrilla.

El relato de la estancia de su *alter ego* en Guadalupe, destinado como secretario de un juzgado militar, conduce al lector por una línea en la que se describe, de modo muy eficaz, la doble cara de la función del autor-narrador: por un lado, como una pieza más del engranaje jurídico represivo del nuevo régimen fascista; por otro, como miembro de las “células” o redes de enlaces republicanos y galleguistas que se movían entre los dos bandos y trataban de recabar información para el SIM republicano o de facilitar la deserción de los más decididos a abandonar el ejército de Franco. Ramón de Valenzuela nos habla, como antes lo hicieron de una u otra forma Fernández del Riego, Piñeiro o Elixio Rodríguez de la presencia significativa de disidentes ideológicos, de soldados forzados en mayor o menor medida, en las filas del ejército franquista. Jóvenes como Ramón de Valenzuela, cuya fidelidad a la causa republicana nunca estuvo en duda, reconocen su rechazo al discurso militar franquista sin hacer ninguna declaración solemne. A diferencia del otro desertor que hemos considerado en este trabajo –Elixio Rodríguez trató de evitar el frente antes de convertirse en aviador franquista–, Ramón de Valenzuela solicita el traslado al frente de Madrid (El Escorial, Guadarrama) para poder así ejecutar un plan de fuga meditado y reelaborado largamente. Esta identidad clandestina rebelde o resistente frente a la tiranía, sostenida por reclutas gallegos o de otras procedencias, contrastaría con el papel desempeñado por los burócratas:

Un día, a un rapaz de Mourente e mais a min (...) déusenos por contar os soldados que sabíamos de fixo que eran das nosas ideas e démonos conta de que pasaban moito da metade, falanxistas declarados eran solamente dous. Esta proporción que seguí comprobando onde había galegos pesaba enriba de min cunha forza enorme, e facíame rebelar contra dun estado de cousas do que as nosas autoridades eran culpables (...) cheguei a conclusión de que as nosas autoridades tiñan fe no seu ideal, máis ou menos simple segundo a cultura de cada un, pero ningún deles, de gobernador para baixo, tiña fe no seu cargo nin na súa función. (*Ibid.* 80)

He aquí la aportación del escritor e historiador pontevedrés al proceso de asignación de culpabilidades y responsabilidades iniciado después

de la guerra por los partidos y organizaciones políticas que, en el exilio o la clandestinidad, asumieron el peso de la derrota de la República: una deuda intelectual con el contexto social y político que afrontaba desde Buenos Aires, la ciudad donde escribía la novela. Pero también es una advertencia, hecha a su modo por un galleguista convencido, sobre la falsedad de un mito que atribuía a la sociedad gallega una actitud sumisa ante el nuevo estado franquista, al que los reclutas de esta comunidad servirían con la fidelidad habitual con que seguían a los caciques en sus respectivos feudos locales. Un mito hoy rebatido o puesto en cuestión, por fortuna, por la historiografía más reciente (Leira Castiñeira 2013).

Sin embargo, y al igual que los autores analizados previamente, no sólo se relaciona bien con sus iguales ideológicos, un hecho obvio dado el contexto social y político bajo el que tratan de adaptarse y sobrevivir. Sabe lidiar con el mando, puede adoptar distintos roles según lo requiera la ocasión. Ramón de Valenzuela, además, introduce el tema del amor desde la sensibilidad masculina de un autor que escribe a mediados de los cincuenta. Describe su relación con Clara, una falangista de dieciocho años ante la que se hace pasar por un requeté. Siente algo intenso hacia ella –Gonzalo estaba *prendido* de Clara, mientras ella, sin duda, estaba *namorada* de Gonzalo– y con la que discute de política aprovechándose de la *mediocre* cultura de la joven. En estas agitadas charlas defiende principios tradicionalistas y demuestra su conocimiento de la doctrina católica.

Con la expresión de estos recuerdos el autor enmarca un diálogo que se remarca como signo de un posible entendimiento entre enemigos ideológicos, motivo de reflexión a lo largo de la novela desde distintos ángulos. A pesar de los comentarios ambiguos que hace sobre ella, la defiende (dice combatir la *filosofía popular antifeminina*) cuando otros compañeros menosprecian a su amiga o a otras mujeres exhibiendo un machismo atávico y perfectamente marcial. Con *Clara II*, enlace republicana que se disfrazó de hombre (justamente, un socialista interrogado por Gonzalo de Ozores en el Juzgado militar), también surge cierta tensión sexual que ella sabe desviar para no interferir en el desarrollo de su misión, en la que Gonzalo colabora directamente. En medio de estas intrigas, con el castillo de Oropesa, ocupado por la Legión Condor, como uno de sus escenarios privilegiados, se reencuentra oportunamente con el jefe de la guerrilla,

su admirado Pepe Ansedé, que como hijo de guardia civil ha logrado enrolarse en el ejército enemigo, tras una pirueta del destino o de la trama argumental de la novela. Uno más de los soldados que se protegen en el corazón de la fiera, a riesgo también de confundir lealtades y pensamientos.

El autor ofrece una breve pero solvente descripción sobre la vida en la *chabola*, una excavación circular de tres metros de diámetro, o en la trinchera, un modo muy gráfico de recordar que pisó alguna vez la primera línea de frente. Ramón de Valenzuela es capaz de adentrarse también en el espacio complejo de las relaciones humanas, destacando en su retrato conciso pero aleccionador de la camaradería entre soldados que son paisanos y, con frecuencia, correligionarios o, al menos, individuos que desconfían o ya están desencantados ante el proyecto o la realidad del estado fascista a medio construir.

En el nivel analítico, la narrativa de Ramón de Valenzuela prefiere evitar en lo posible las *big words*, los grandes conceptos, pues aparte de alguna referencia al miedo propio –ya comentada– y ajeno –el sargento fanfarrón que, en realidad, teme a los morteros y busca escondites seguros para regocijo de sus subordinados (1989: 136-140)– no se tratan con detenimiento temas icónicos como la muerte, el dolor, la valentía o la derrota. No hay tiempo para eso, las estrategias literarias escogidas y el ritmo narrativo vibrante se imponen y las grandes cuestiones se subliman en el objetivo final de la novela. retratar la huida hacia zona republicana de un luchador comprometido con su ideología tanto en el plano *real* como en el de la escritura. Fin de trayecto para un relato que no dirá nada sobre la interesante trayectoria seguida por Ramón de Valenzuela a partir de diciembre de 1937, fecha de su desertión, en labores de inteligencia para el Estado Mayor republicano, después de un periodo inicial de combate en las filas del Quinto Regimiento comandado por Enrique Lister Forján.

La escena de la huida de la trinchera franquista camino de las posiciones republicanas borra cualquier duda, también la de si su deseo de huir tendría más que ver con su conciencia de estar vigilado (o más bien acechado) por sus superiores debido a sus conocidos antecedentes políticos –además su alférez era un antiguo colega universitario– que con la urgencia determinada por el compromiso ideológico estricto. Marca, en cualquier caso, la satisfacción o el orgullo por el deber cumplido, por lo que se hizo en favor de la causa:

—¡Adiante! ¡imos! —brinquei por enriba dos arames de púas e tras de min bricaron os outros tres. Iamos os catro a todo correr, costa abaixo cara a un poboado abandonado, na terra de niguén, dende os primeiros combates. Os meus compañeiros non atendían a ninguna cousa máis que a min. Eu puña os cinco sentidos na dirección e nos penedos que estudiara no plano. Procuraba manterme calmo e no me cansar demais, pero correr, pola costa abaixo, para nos arredrar dos fogos cruzados se por caso que clarexase. Eu sabía que á nosa dereita estaba a posición dun batallón da Victoria que nos podía acribillar, e corría, corría, corría... (Valenzuela 1989: 150)

4. Conclusiones

La reflexión propuesta en estas páginas sobre la memoria de la experiencia de guerra de un grupo significativo de exmilitares gallegos que lucharon en el bando franquista bajo el peso de un contexto político y social desfavorable, ha generado más interrogantes que resuelto cuestiones aún abiertas y necesitadas de aproximaciones futuras. En cierto modo, tiene que ser así, aun cuando se observan ciertos patrones que conviene resaltar.

Intelectuales, galleguistas, cultos, refractarios cada uno a su manera frente al poder político y militar que los absorbió y obligó a luchar en el ejército franquista, verdugo de la sociedad política republicana, los soldados forzosos de Franco que escribieron los textos comentados relatan experiencias de guerra complejas y tratadas desde puntos de vista muy distintos entre sí. Las analogías aparecen cuando se percibe cómo se retratan o constituyen vías paralelas de resistencia o reacción frente a las instituciones franquistas en las que, paradójicamente, se busca refugio y protección frente a la amenaza de represión fascista en los lugares de origen. Por el contrario, las diferencias estriban tanto en el plano del compromiso narrativo con el relato en sí o en el de las consecuencias psicológicas y personales de sus vivencias como combatientes en una guerra civil. En este sentido, las memorias de los dos fundadores de *Galaxia*, Piñeiro y Fernández del Riego —ambos no pudieron o no se plantearon realmente la desertión— representan mapas emocionales que, en el caso del primero, derivó en un cambio y una verdadera reconstrucción personal, aspectos generalmente

ignorados en las memorias de la experiencia de guerra escritas en el siglo XX. Aquí hay que advertir que en las autobiografías de los dos autores citados las vivencias de la guerra civil ocupan sólo una pequeña parte de las mismas, aunque hemos planteado como hipótesis la posibilidad de que su lucha por la reconstrucción del galleguismo político y cultural durante la posguerra responda también (como una especie de *memoria activa o motora*) a la necesidad de compensar psicológicamente su pertenencia al ejército que, entre otras cosas, destruyó física y moralmente a tantos galleguistas. En definitiva, Ramón Piñeiro y Fernández del Riego escriben más sobre lo que la guerra les hizo a ellos —Xaime Illa habla por su silencio—, mientras que Elixio Rodríguez y Ramón de Valenzuela expresan fundamentalmente lo que ellos hicieron en el conflicto bélico *fratricida*. Estos últimos, los desertores, los que cumplirían con una obligación autoimpuesta, se centran en la fuerza del relato desde el prisma autobiográfico (Rodríguez) y novelístico (Valenzuela). Tal vez se sentían obligados a construir y comunicar una narrativa que si no los retrata como héroes si dibuja el perfil de dos verdaderos rebeldes frente al imaginario o el discurso de la violencia y la tiranía, elección que no implica la expresión de emociones vigentes, o sólo experimentadas, a la hora de la escritura (Elixio Rodríguez, en especial) o de determinadas concepciones ideológicas del mundo (Ramón de Valenzuela).

Falta sólo concluir una cuestión que afecta más bien al plano metodológico. Nos referimos a la necesaria consideración de la vigencia de cada presente, de cada contexto, en el acto de memoria o de escritura de una experiencia de guerra. Cada presente genera una memoria diferente, evolucionada, adaptada a la ideología y a los sentimientos y emociones del sujeto que recuerda. Por su parte, las emociones se narran siempre como *presente* del individuo situado frente al espejo de la memoria y pueden configurarse como herramientas parecidas, pero no idénticas, a las respuestas dadas en tiempo real a determinados acontecimientos. Precisamente, ese carácter de prácticas culturales las vincula, por una de sus caras más complejas, a la experiencia de guerra desde su mismo origen, pues también dependen esencialmente de la capacidad física o simbólica de recordar.

5. Referencias bibliográficas

Acuña Trabazo, Ana (2011): “Obra periodística de Ramón de Valenzuela y de María Victoria Villaverde”, en C. Mejía (dir.), *Dos vidas y un destino. Ramón de Valenzuela y María Victoria Villaverde. Estudio y antología*. Madrid. Editorial Complutense, pp. 79-104.

- Aguilar Fernández, Paloma (2008): *Memorias de la política. Políticas de la memoria*. Madrid: Alianza.
- Ahmed, Sara (2004): *The cultural politics of emotion*. New York: Routledge.
- Alcalde, Manuel (2014): *Los excombatientes franquistas (1936-1965)*. Zaragoza: Prensas Universitarias.
- Alegre Lorenz, David (2018): *La batalla de Teruel. Guerra total en España*. Madrid: La esfera de los libros.
- Alonso Montero, Xesús (2006): *Os escritores galegos ante a guerra civil española (1936-1939). Textos e actitudes*. Vigo: Galaxia.
- Beramendi, Justo. G. e Xosé Manuel Núñez Seixas (1995): *O nacionalismo galego*. Vigo: A Nosa Terra.
- Bourke, Joanna (1999): *Sed de sangre: Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo X*. Barcelona: Crítica.
- Cuesta, Josefina (2008): *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*. Madrid: Alianza.
- Delgado, Luisa Elena; Pura Fernández y Jo Lavanyi (ed.) (2016): *Engaging the emotions in Spanish culture and history*. Nashville: Vanderbilt University.
- Dwyer, Phillip (2015): “Historias de guerra: las narrativas de los veteranos franceses y la experiencia de guerra en el siglo XX”, *Revista Universitaria de Historia Militar* 4/7, pp. 108-132 (<http://ruhm.es/index.php/RUHM/article/view/101/91>).
- Fernández del Riego, Francisco (1990): *O río do tempo*. Sada (A Coruña): Ediciós do Castro.
- Fernández Santander, Carlos (2000): *Alzamiento y guerra civil en Galicia 1936-1939*. Sada (A Coruña): Ediciós do Castro.
- Fusell, Paul (2003): *Tiempo de guerra. Conciencia y engaño en la segunda guerra mundial*. Madrid: Turner.
- Grandío Seoane, Emilio (2011): *Las columnas gallegas hacia Oviedo. Diario bélico de la guerra civil española (1936-1939) Faustino Vázquez Carril*. Gijón: Nigra Trea.
- Green, Anna (2004): “Individual remembering and “collective memory”: Theoretical presuppositions and contemporary debates”, *Oral History* 32/2, pp. 35-44 (<http://orallhistoryseminar.pbworks.com/w/file/51791023/Individual%20Remembering%20and%20Collective%20Memory.pdf>).
- Galán Ortega, José (1998): *El nacionalismo gallego durante el franquismo: el caso de la editorial Galaxia*. Tesina inédita. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Harari, Yuval Noah (2004): *Renaissance military memoirs: war, history and identity 1460-1600*. New York: The Boydell Press.
- Hynes, Samuel (1998): *Bearing witness to a modern war*. Londres: Penguin books (ed. Kindle).
- Leira Castiñeira, Francisco (2015): *La consolidación social del franquismo: la influencia de la Guerra en los “soldados de Franco”*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.
- Mathews, James (2013): *Soldados a la fuerza: Reclutamiento obligatorio durante la guerra civil 1936-1939*. Madrid: Alianza.
- (2015): *Voces de la trinchera. Cartas de combatientes republicanos en la guerra civil española*. Madrid: Alianza.
- Moscoso, Javier (2017): *Promesas incumplidas. Una historia política de las pasiones*. Barcelona: Taurus.
- Navas Sánchez-Elez, María Victoria (2011): “Ramón de Valenzuela (1914-1980) y María Victoria Villaverde (1922-) un viaje de ida y vuelta”, en C. Mejía (dir.), *Dos vidas y un destino. Ramón de Valenzuela y María Victoria Villaverde. Estudio y antología*. Madrid: Editorial Complutense, pp. 25-59.
- Núñez Seixas, Xosé Manuel (2006): *¡Fuera el invasor!. Nacionalismos y movilización bélica en la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid: Marcial Pons.
- (2016): *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*. Barcelona: Crítica.
- Piñeiro, Ramón (2002): *Da miña acordanza*. Vigo: Galaxia.
- Portelli, Alessandro (1997): *The battle of valle Giulia. Oral history and the art of dialogue*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Regueiro, Begoña (2011): “La novelística de Ramón de Valenzuela: *Non agardei por ninguén* (1957) y *Era tempo de apandar* (1980)”, en C. Mejía (dir.), *Dos vidas y un destino. Ramón de Valenzuela y María Victoria Villaverde. Estudio y antología*. Madrid: Editorial Complutense, pp. 165-189.
- Rodríguez, Elixio (2007): *Matádeo mañá*. Vigo: Xerais.
- Rosenwein, Barbara e Riccardo Cristiani (2017): *What is the history of emotions?* Medford: Polity (ed. Kindle).
- Thompson, John (2009): *As novelas da memoria. Trama e representación da historia na Galicia contemporánea*. Vigo: Galaxia.
- Valenzuela, Ramón de (1989): *Non agardei por ninguén*. Vigo: Xerais.
- (1997): *Era tempo de apandar*. Vigo: A Nosa Terra.
- Winter, Jay e Emmanuel Sivan (1999): *War and remembrance in the twentieth century*. Cambridge: Cambridge University Press.